

28

LOS AUTORES

Herbert Franke

Nació en Colonia (1914). Estudió sinología, historia, filosofía y jurisprudencia en las universidades de Colonia, Bonn y Berlín. Fue profesor en la Universidad de Colonia (1949); *fellow* en la Universidad de Cambridge (1951-1952); profesor de Cultura y Lingüística del Asia oriental en la Universidad de Munich (1953); miembro de la Academia Bávara de Ciencias, sección de Filosofía e Historia (1958); profesor de la Universidad de Washington, Seattle (1964-65). Además de un elevado número de artículos en revistas especializadas, ha publicado: *Geld und Wirtschaft in China unter der Mongolen-Herrschaft*, Leipzig, 1949; *Sinologie*, Berna, 1953; *Beiträge zur Kulturgeschichte Chinas unter der Mongolen-Herrschaft*, Wiesbaden, 1956; *Die Goldene Truhe. Chinesische Novellen aus zwei Jahrtausenden*, Munich, 1959 (en colaboración con W. BAUER). En 1953 obtuvo el premio Stanislas Julien, de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.

Rolf Trauzettel

Nació en Leipzig (1930). Estudió sinología, japonología, indología y filosofía en las Universidades de Leipzig y Munich. Asistente científico en el Seminario sobre Asia oriental de la Universidad de Munich (1965). Ha publicado: *Ts'ai Ching (1046-1126) als Typus des illegitimen Minister*, Bamberg, 1964. Colabora en revistas especializadas.

TRADUCTOR

María Noya (traducción y revisión)

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

D
958 E:2
MFN 3240

BIBLIOTECA

Historia Universal

Siglo veintiuno

Volumen 19

INGRESO

ca 970

EL IMPERIO CHINO

HIST. de las RRII

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DEL
SERVICIO EXTERIOR DE LA NACION

Número de inventario

Herbert Franke

Rolf Trauzettel

Número Topográfico

L 2999



9. La época de florecimiento de China bajo la dominación extranjera de los Ch'ing (siglo XVIII)

I. La estabilización de la dominación manchú

Al proclamar la dinastía Ch'ing en el año 1636, Abahai no sólo estaba expresando una nueva conciencia nacional, sino que también —siguiendo el modelo de los Liao, Chín y Yüan— estaba anunciado oficialmente la aspiración de dominar el *P'ien-hsia*. Pero el imperio Ming no estuvo a la altura de este desafío: el país empobrecido, el pueblo sublevado, la burocracia frustrada en sus vanos esfuerzos por acabar con el absolutismo de la corte, y, finalmente, la corte se había enclaustrado totalmente, aislándose de la sociedad. En vista de esta situación objetiva, resulta insignificante el papel cumplido por el último emperador Ming, Ch'ung-chen (gobernó de 1628 a 1644), aunque no queramos considerarlo como un producto de su ambiente. En definitiva, era una personalidad mediocre. Sus rasgos más pronunciados eran la indecisión y la falta de confianza en quienes le rodeaban. Por ejemplo, durante su gobierno reemplazó a cada uno de sus seis ministros, como promedio, cada año, y a menudo hizo aplicar crueles penas a los así desplazados. Probablemente hayan contribuido a modelar su actitud desconfiada ciertas experiencias habidas en la niñez, como la muerte de su madre, a quien su padre había hecho asesinar. Se superpuso a esto la influencia de los eunucos, que se extendía hasta el control del ejército, quienes provocaron la caída de Yüan Ch'ung-huan, descuartizado públicamente en 1630.

Al entrar los manchús en Pekín, los leales a la dinastía Ming huyeron al Sur. Pero no había entre ellos nadie que fuese capaz de hacer de su gente una comunidad unida. No puede determinarse tampoco si existía siquiera la posibilidad de encontrar base social para la resistencia. Anté todo, la clase superior china se inclinaba más a pactar con los invasores que a apoyar al dirigente popular Li Tzu-ch'eng, pues había indicios suficientes de que bajo la dominación manchú podría conservar sus privilegios. Así, cada uno de los pretendientes

Ming trató de alcanzar su objetivo por cuenta propia, y así también fueron vencidos y eliminados uno tras otro.

El príncipe de Fu, Chu Yu-sung, nieto de Wan-li', se estableció en Nanking. El general Shih K'o-fa, quien había movilizó un ejército contra Li Tzu-ch'eng, se puso al servicio de Chu y se acuarteló en Yang-chou. Pero la ciudad cayó en mayo de 1645 ante el ataque de las tropas manchús, siendo muerto Shih y desatándose una cruel masacre sobre la población. Chu Yu-sung ya había intentado antes llegar a un arreglo con los manchús, pero su propuesta fue rechazada; Chu quedaba así, en adelante, privado de todo apoyo militar suficiente, de modo que Nanking tuvo que capitular poco después.

Chu Yü-chien (1602-1646), que había huido inicialmente a Fukien, en realidad sólo se sostuvo un año más. Su situación, como la de todos estos príncipes, era sumamente desesperada, como lo deja ver la circunstancia de que Ho T'eng-chiao, otro leal a la dinastía Ming, tuviese que ayudarle con los restos dispersos de las fuerzas de Li Tzu-ch'eng. Después de su captura y ejecución, su hermano Chu Yü-yüeh, que había huido a Cantón por mar, intentó infructuosamente establecer allí una capital. A comienzos del año 1647 se suicidó al tomar Cantón un ejército de los Ch'ing. Poco tiempo atrás había tenido que rechazar a las tropas de Chu Yu-lang, que, por cierto, era el más famoso de los pretendientes Ming, acontecimiento que muestra una vez más cuán desastrosa era la situación de los partidarios de los Ming. Chu Yu-lang (1623-1662); príncipe de Yung-ming, conocido por su título posterior de príncipe de Kuei, fue proclamado emperador con la divisa de gobierno Yung-li, en Chao-ch'ing (en la provincia de Kuangtung). Al perderse Chao-ch'ing le abandonaron todos los funcionarios superiores, incluso Ch'ü Shih-ssu, un converso al cristianismo. Durante el año 1648 Chu Yu-lang logró arrancar a los Ch'ing grandes partes de China sudoccidental, y tampoco los Ch'ing lograron en lo sucesivo un predominio decisivo en el Sudoeste. La posición de Chu Yu-lang sólo se volvió insostenible cuando los dos generales que le brindaban su apoyo, Li Ting-kuo y Sun K'o-wang, que sospechaban uno del otro desde hacía tiempo, se trabaron en lucha abierta, y Sun, adoptado (!) una vez por el rebelde Chang Hsien-chung, al verse derrotado, se entregó a los Ch'ing. La odisea de Chu terminó en Birmania, en donde fue entregado a Wu San-kuei, que se había presentado a la cabeza de un gran ejército, y quien le hizo estrangular en 1662.

Entretanto Wu San-kuei (1612-1678)² había conquistado

para los Ch'ing Shensi, Ssuch'uan, Yünnan y Kueichou, y había sido designado gobernador de estas dos últimas provincias, otorgándosele el ejercicio de todas las funciones de administración civil, de tal modo que su poder se equiparaba al de un príncipe feudal. En la práctica extendía su control sobre Hunan, Ssuch'uan, Shensi y Kansu. Semejante era la situación en Kuangtung, donde residía el general chino Shang K'o-hsi, al servicio de los manchús desde 1633, y en Fukien, sometida a la autoridad del general, chino también, Keng Ching chung. Se comprende que el gobierno de Pekín no observase confiado este estado de cosas y que buscase ponerle remedio. Así, cuando Shang K'o-hsi rogó que se le permitiera pasar la vejez en su tierra natal de Liaotung, en 1673, el gobierno aprovechó la oportunidad para liquidar el estado feudal de aquél. Wu San-kuei ya había solicitado también, en 1667, que se le relevase de la autoridad suprema sobre su región, pero había retenido de hecho la posición que antes ocupaba. Ahora, puesto en guardia por el ejemplo de lo ocurrido a Shang, tenía que temer la pérdida súbita de todos los privilegios, especialmente del de que le sucedieran sus descendientes, y se decidió por la rebelión. Proclamó la dinastía Chou y preconizó la restauración de todas las costumbres y ritos Ming. Una serie de generales chinos de Fukien, Kuangsi y Ssuch'uan respondieron a su llamada y se le unieron. Al comienzo las cosas no se presentaban mal para ellos, pero en 1677 la situación cambió, volviéndose decididamente menos favorable a los rebeldes. En 1678 murió Wu San-kuei, siendo reemplazado por su nieto Wu Shih-fan. Este logró sostenerse hasta finales de 1681; se suicidó cuando todo estuvo perdido. Todos aquellos que cambiaron a tiempo, cayeron ahora víctimas de la sentencia inexorable de los Ch'ing.

De este modo quedaba todo el imperio sometido a los manchús, y sólo faltaba arreglar la situación reinante en la costa sudoriental, que se encontraba sometida a desórdenes debido a los ataques que sufría desde Formosa. En 1661 cierto Cheng Ch'eng-kung, un semijaponés, había desalojado a los holandeses de la isla, desembarcando allí con unos 25.000 hombres en 900 barcos aproximadamente. Cheng Ch'eng-kung (1624-1662) se había plegado inicialmente, en 1645, a Chu Yü-chien en Fu-chou, y éste le había concedido el derecho a llevar el nombre del clan imperial Chu, razón por la cual se le llamaba también Kuo-hsing-yeh («Señor del nombre del clan imperial»), de donde proviene la palabra «Koxinga» con la que le designaban los holandeses. En 1647 se había retirado a una pequeña isla situada ante Amoy, emprendiendo expediciones

de saqueo contra las costas de Fukien, Kuangtung y Chekiang. Operaba desde el mar, pero después de haber formado un ejército que puede estimarse en 100.000-170.000 hombres, en el que había muchos ex oficiales de los Ming, se había dejado convencer para librar una gran batalla contra los manchús en 1658, cerca de Nanking, y había sufrido una severa derrota. Muerto Cheng en 1662, su hijo continuó ejerciendo la piratería, e incluso cerró un acuerdo comercial con los ingleses en 1670, pero este acuerdo no tuvo luego aplicación. Los Ch'ing se prepararon concienzuda y largamente para liquidar en la isla a este grupo de perturbadores. Finalmente, después de obtener la victoria en un combate naval, desembarcaron en 1683 en Formosa, que de este modo fue incorporada a China por primera vez.

Nuestra exposición ha de haber puesto en claro que el imperio Ming se había desplomado en razón de sus propios problemas internos faltos de solución, y que los manchús sólo fueron los ejecutores de su ocaso. Li Tzu-ch'eng ni tenía la capacidad para establecer una administración eficiente en Pekín, ni tenía tiempo para hacerlo. Tampoco había contado con el indispensable apoyo de la burocracia, que ocupaba, junto con la clase superior, la verdadera posición clave. En última instancia, resultaron decisivos sus titubeos y su disposición final a pactar con los manchús para conservar, si no ya el poder político, el económico al menos. Wu San-kuei puede considerarse como un ejemplo típico de la actitud insegura y vacilante de las clases dirigentes chinas. Con todo, en su caso hay que agregar que era original de Manchuria, de la provincia de Liaotung, y seguramente tenía allí buenas relaciones, pero sin la menor duda estaba informado de que los manchús no oprimían ni liquidaban en modo alguno a la élite china; sino que se servían de ella. Cuando decidió rebelarse, lo hizo en razón de intereses egoístas; por lo demás, ya era demasiado tarde. Pese a las numerosas leyes humillantes dictadas por el gobierno manchú en 1645 —por ejemplo, la obligación de llevar indumentaria y peinado manchús (¡con la famosa coleta!), o la prohibición de los matrimonios mixtos—, la mayoría de las clases poseedoras se habían conformado con la dominación extranjera, máxime cuando sus bienes no fueron afectados en general. El hecho de que entre las tropas de Wu San-kuei se encontraran no pocos contingentes integrados por aborígenes no chinos de Yünnan muestra también cuán débil era la base de su poder.

Pero la descomposición interna de la dinastía Ming no explica automáticamente el ascenso de los manchús, y en abso-

luto la conquista de China por ellos. Por esta razón, para poder esclarecer esta cuestión tenemos que remontarnos nuevamente en la historia hasta los tiempos de Nurhaci. En lo referente a su estructura administrativa, Manchuria no era entonces un todo homogéneo. Bajo los Liao, Chin y Yüan se habían creado en Jehol, según el modelo chino, prefecturas y distritos que fueron reemplazados luego, en la época Ming, por una forma organizativa puramente militar, las guarniciones (*wei*). La influencia de los agricultores chinos asentados en las llanuras de Manchuria hizo que, poco a poco, una parte de los tungus y mongoles se hiciesen también sedentarios; comenzaron a construir casas y a establecer poblaciones amuralladas¹. El territorio de Chien-chou se convirtió en el corazón de este proceso, y fue Nurhaci quien lo convirtió, de espontáneo que era, en consciente. Era suficientemente astuto para hacerse con consejeros chinos, bajo cuya dirección se formó pronto toda una red de casas y residencias amuralladas para la nobleza. Además la rivalidad existente entre las diversas tribus mongoles favoreció a Nurhaci. Los mongoles del Este se plegaron a él con bastante facilidad, esperando que les brindara protección contra los mongoles kaikas, que habían adquirido considerable poder². La sociedad tribal tungu era esencialmente feudal, aunque sus clanes no tenían más que débiles grupos de parentesco. Al comienzo, en las luchas entre las diversas tribus, tan sólo se reducía el número de los señores feudales; el pueblo conservaba su antigua condición. Al ir avanzando sobre el territorio donde se había asentado población china, el sistema feudal fue minado lentamente, si bien en apariencia se fortalecía mediante la incorporación de nuevos siervos chinos. Pero el feudalismo de los tungu, con su forma tradicional de organización, no estaba en condiciones de absorber la rápida expansión de su territorio. Por esta razón fundó Nurhaci en 1601 las llamadas banderas, concebidas según el modelo de las guarniciones chinas³. Estructuró su ejército en *niru* (en manchú, «flecha»; se traduce generalmente por «compañía», en chino, *tso-ling*) y reunió estas unidades en cuatro grandes cuerpos que recibieron el nombre de banderas y —según el color de sus estandartes— fueron llamadas bandera amarilla, blanca, roja y azul. En 1615 elevó a ocho el número de estas banderas, presentando los nuevos estandartes los mismos colores que los antiguos, por lo que se les agregaron rebordes para distinguirlos. Cada bandera se componía entonces de cinco divisiones (*jalan*; en chino, *ts'an-ling*) cada una de las cuales constaba a su vez de cinco *niru*. El número de *jalan* y de *niru* aumentó posterior-

mente, permaneciendo igual; en cambio, el de las banderas (*pa-ch'i*). Pertenecían a ellas no sólo los soldados, sino también las familias de éstos, de tal modo que —al menos en tiempos de Nurhaci— todo el pueblo de los tungus de Manchuria estaba incluido en una organización unitaria. Como en el caso de las guarniciones chinas, durante la paz los miembros de las banderas atendían a sus ocupaciones; mientras que en la guerra, según la situación, una parte participaba en las operaciones, abastecida por el resto. Los jefes de las banderas eran príncipes del clan de Nurhaci, posteriormente clan imperial. A partir de 1651 el propio emperador se puso al frente de las tres primeras banderas, con el propósito de afianzar su poder autocrático. Los pueblos sojuzgados fueron incorporados al sistema: en 1626 se comenzaron a formar compañías mongoles y en 1635 ya había crecido tanto que fue posible integrar ocho banderas mongoles. Al año siguiente se agregaron dos banderas chinas (*han-chün*), y finalmente, en 1643, también estas últimas llegaron a ser ocho.

En el siglo XVII el número de compañías se consideraba secreto de Estado⁴. Se estima que en 1615 habría alrededor de 200 *niru*; en 1634 eran 400 (267 manchús, 100 mongoles y 33 chinas); en 1644 ya habían llegado a 563 (278, 120 y 165), y en 1735 se alcanzó una fuerza de 1.155 (678, 207 y 270), número que prácticamente no fue ya sobrepasado hasta el fin de la dinastía. Antes de 1644 cada compañía disponía de unos 100 soldados activos; en 1690 las compañías manchús y mongoles tenían 89 cada una, en su mayoría arqueros montados, mientras que las chinas, con sólo 47 soldados cada una, constituían en su mayoría unidades especiales dotadas de armas de fuego (mosquetes y cañones). Cabe agregar, para concluir, que las tropas Ch'ing que combatieron entre 1673 y 1681 contra la rebelión de Wu San-kuei incluían unos 160.000-200.000 hombres⁵.

En razón de la estratificación social dentro de las banderas, cada una de éstas estaba dividida en una bandera «externa» y una «interna»; los miembros de la bandera interna eran acólitos serviles (*pao-i*, del término mongol *booi*, «perteneciente a la casa»). Su condición era hereditaria. Desde un punto de vista sociológico, presentan especial interés los miembros serviles chinos de las banderas. Predominantemente estaban al servicio del emperador, y aquellos que resultaban aptos entre ellos tenían expedito el camino de los exámenes. Después se les destinaba frecuentemente a dirigir y supervisar las manufacturas imperiales (por ejemplo, las manufacturas textiles de Nanking, Su-chou y Hang-chou); actividades éstas que comi-

portaban muchos privilegios. Así, los integrantes chinos de las banderas se fueron convirtiendo en intermediarios entre el pueblo chino y sus señores manchús. En cierta medida, pasaron así a ocupar las posiciones que habían correspondido anteriormente a los eunucos³. A partir de 1644 las banderas disfrutaron en su conjunto de una situación jurídica y económica privilegiada. Se les adjudicó la mejor tierra de las proximidades de Pekín, y más tarde también en las provincias. Sólo a fines del siglo XVII se puso fin a las progresivas incautaciones de tierras en beneficio de las banderas.

Procurando la hilación del texto hemos continuado la exposición del sistema de las banderas mucho más allá de su origen; ahora volvemos a nuestro tema. Es evidente que la organización de las banderas, más bien centralizada, tenía que limitar y descomponer la organización feudal de las tribus. Para constituir un poder central suplementario, Nurhaci se proveyó de consejeros (en manchú, *beile*, originariamente «señor, príncipe»): cuatro beile mayores y cuatro beile menores. Abahai había sido personalmente beile mayor, sabiendo, por tanto, apreciar correctamente el poder que la tradición confería a estos magistrados, de modo que hizo establecer además, en 1631, seis ministerios según el modelo del gobierno Ming. De este modo en la cúspide del aparato el poder quedó ampliamente dividido por debajo del emperador, lo que en última instancia tenía por fuerza que contribuir a afianzar la posición autocrática de éste.

Los diversos aspectos de la evolución que acabamos de describir hacen comprensibles el advenimiento y la instauración de la dominación manchú. Al entrar los manchús en Pekín su estructura social, así como su aparato administrativo, se asemejaban ya tanto a los existentes en China, que se hizo posible una fusión de ambas sociedades. La transición, realizada en gran parte sin fricciones, de la dinastía Ming a la dinastía Ch'ing puso igualmente de manifiesto hasta qué punto la sociedad china estaba aún marcada por estructuras feudales, a las cuales las estructuras burocráticas sólo se superpusieron en parte sin absorberlas. La ideología de la gran masa de la burocracia, en especial, encontró en esto múltiples puntos de contacto. Con instinto certero, por otro lado, los emperadores manchús fomentaron el neoconfucianismo ortodoxo de la época Sung, mientras imitaban en la práctica el absolutismo del primer monarca Ming, imponiéndolo así realmente por vez primera. Paralelamente los literatos-funcionarios se convirtieron a partir de entonces en «servidores del príncipe». Pero si bajo el absolutismo europeo los funcionarios se encontraron some-

tidos predominantemente a límites sociales, en la China de la dinastía Ch'ing los límites eran esencialmente políticos, como la dominación extranjera no podía menos que imponer.

II. Tres grandes monarcas del absolutismo «ilustrado»

Además del ritmo y del dinamismo del proceso por el cual se formó la nación manchú a partir de una extensa federación de tribus tungus, hay en la dominación manchú especialmente un fenómeno que ha de suscitar fascinación en el historiador: ello es que, no bien hubo alcanzado su inesperado poderío, contó en las personas de K'ang-hsi, Yung-cheng y Ch'ien-lung con tres monarcas que pueden compararse con las más grandes figuras de la historia mundial. Nurhaci fue un enérgico jefe tribal, lo mismo que Abahai, aunque se adjudicase el título de emperador. El joven pero enfermizo Shun-chih (nació en 1638 y gobernó en 1644-1611) fue un príncipe honrado, que dedicó muchas energías a aprender el chino y fue lo suficientemente hábil como para atraerse a hombres eficientes procedentes de la aristocracia tribal manchú: Soni, Suksaha, Ebi-lun y Oboi, quienes le ayudaron a mantener, dentro de ciertos límites, el poder del regente Dorgon (1612-1650). Luego, sin embargo, se nos presenta el tercer hijo y sucesor de Shun-chih: Hsüan-yeh, llamado K'ang-hsi según su divisa de gobierno, un verdadero monarca que es posible parangonar con Kublai Khan, así como Nurhaci recuerda a Gengis Khan. Pero con semejante comparación no se explica, en esencia, nada, sino que lo que se logra es enriquecer el problema con una nueva dimensión. ¿Fue una simple coincidencia que los manchús fuesen el origen de K'ang-hsi? ¿Hemos de ver en él la expresión del espíritu, súbitamente despierto, de un pueblo que hasta entonces se había mantenido dedicado a la guerra y dentro de los estrechos horizontes de una cultura tribal todavía seminómada? La ciencia de la historia no está en condiciones de responder a tales preguntas; si nos parásemos a analizarlas, nos adentraríamos en la esfera metafísica de la razón de ser de las cosas; intentamos, por decirlo así, desvelar las artimañas de su razón histórica. En este terreno nos parece que, para poder comprender el significado *objetivo* de K'ang-hsi y de sus dos sucesores, tenemos que concebirlos como la encarnación de un espíritu *chino*, en quienes la función imperial es de origen *chino*. La historia de la China tradicional es a la vez la historia de numerosas revoluciones fracasadas que de igual modo degeneraron en simples rebeliones.

Lo que en la venerable teoría confuciana se exaltaba como apoteosis de una «armonía» omnicomprendiva resultó ser simplemente, en la práctica social, el compromiso resultante de tensiones sociales que no habían dado lugar a una lucha decisiva. Consideradas así las cosas, la idea de dominación, tal como la realizó K'ang-hsi, se nutría en fuentes de la propia sociedad china, de la conformidad inconsciente y secreta con que ésta aceptaba la dominación extranjera, que garantizaba el *status quo* y aplazaba todos los problemas de esa misma sociedad.

K'ang-hsi (1654-1722) era de carácter vivaz; sabía apreciar lo que debía a las tradiciones guerreras de su pueblo: todavía en 1699 dejó atónito a su séquito cuando, durante un viaje de inspección a Hang-chou, dio brillantes pruebas de sus habilidades de arquero a caballo¹⁰. Contribuyó, entre otras cosas, a que fuese elegido como sucesor en el trono (1661), la circunstancia de que hubiese resistido en su infancia la viruela, que mató a su padre, de modo que se esperaba que le estuviese reservada una larga vida. Ya en sus años juveniles demostró poseer energía y resolución: en 1667, a los catorce años de edad, tomó en sus propias manos el gobierno, y dos años después desalojó al influyente Oboi de la posición que ocupaba. En los casos en que parecía aconsejable mantenerse a la expectativa, tuvo el valor de hacerlo: contra lo que recomendaban muchos cortesanos, permitió que se establecieran condiciones feudales de dominación en el Oeste, el Sudoeste y el Sudeste del imperio, lo que consideraba como transitoriamente ineluctable. Cuando ello dio lugar a la rebelión de Wu San-kuéi y sus partidarios, K'ang-hsi se mostró implacable: pese a las dificultades iniciales, no se apartó en ningún momento del camino que había emprendido de imponer la autoridad del poder central.

Un rasgo notable de todos los actos de K'ang-hsi era que se preparaba para realizarlos larga y cuidadosamente, tanto en lo que respecta a su política exterior (que expondremos, en su contexto, en el capítulo III) como en lo tocante a la política interna. Reunía en su carácter la comprensión práctica de las condiciones particulares reinantes en China, la tolerancia y la visión de futuro. Así, dedicó cuidados especiales a las obras de regularización del cauce del Huangho y del Canal Imperial. Según la antigua tradición, entre 1684 y 1705 emprendió seis viajes de inspección al valle del Yantgse, viajes que evidentemente también le depararon cierto esparcimiento¹¹.

Con el término «tolerancia» nos referimos a lo que es-

bozábamos más arriba, pero en un sentido algo más general. La tolerancia constituía la norma con la cual K'ang-hsi aspiraba a ganarse la voluntad de la burocracia china. Pero sólo se la puede comprender correctamente si se tiene en cuenta la situación existente: no significaba garantizar sin más ni más la libertad intelectual, sino el fomento del confucianismo conservador tal como estaba representado por la gran masa de la burocracia. Así, K'ang-hsi era «ilustrado» en la medida en que él —un extranjero— se adaptaba a las condiciones sociales de la sociedad china. Además de las lenguas mongol y tibetana, hablaba brillantemente el chino. Escogió diversos sabios, haciendo de ellos sus secretarios personales. Fue suya la iniciativa para la realización de varias obras literarias y artísticas. Ya en 1679 inició las gestiones encaminadas a formar una comisión que se encargaría de componer la historia oficial de la dinastía Ming. Finalmente encontró en Hsü Ch'ien-hsüeh (1631-1694) a un sabio que se ocupó de la compilación de la historia de los Ming. Agreguemos, como hecho significativo, que el crítico de las tradiciones conservadoras confucianas, Ku Yen-wu, no estuvo dispuesto a colaborar en el proyecto. Como su padre, K'ang-hsi se interesó mucho por los jesuitas, pero circunscribió su influencia a la capital, donde estaba en condiciones de controlarlos, y sólo les dio carta blanca allí donde su actividad no suscitaba problemas ideológicos, es decir, en el terreno de las matemáticas, de la astronomía y del calendario. Confiaba también en sus habilidades terapéuticas; en 1693, unos misioneros franceses le curaron de la malaria con quinina. Las relaciones de K'ang-hsi con la misión jesuítica empeoraron decididamente a partir de 1075, y no precisamente por su culpa, sino por la del Vaticano, que envió entonces al nuncio C. M. de Tournon a Pekín para que comunicase a los jesuitas el veredicto papal en su disputa sobre los ritos.

K'ang-hsi, naturalmente, no podía evitar que se formasen grupos y fracciones en el seno de la burocracia. Pero en este aspecto resultó notable la habilidad con que supo valerse de las instituciones como instrumento político, y especialmente de la Censoría. Es un buen ejemplo el caso de Kuo Hsiu (1638-1715), que fue ascendido a censor en 1686. En 1688, éste criticó duramente a Chin Fu, responsable de las obras de regularización fluvial, lo que dejaba de entrañar peligros, pues el propio emperador había tenido intervención en estos mismos problemas, de modo que su reacción no podía preverse sencillamente: Kuo Hsiu fue aún más lejos al acusar de corrupción a varios altos funcionarios, entre ellos el manchú

TITULO DEL SERVICIO EXTERIOR

DE LA NACION

BIBLIOTECA

Mingju, ministro de la Guerra desde 1671, pasando por ser un declarado amigo de los chinos. Pese a ello, K'ang-hsi respaldó al valeroso Kuo Hsiu, le ascendió en 1689 a presidente de la oficina de censura y después, cuando él mismo fue acusado, no le retiró enteramente su favor.

En lo referente a la actitud de K'ang-hsi hacia el pueblo chino, las fuentes no nos dicen prácticamente nada. Durante sus viajes de inspección se salía del protocolo una y otra vez y se mezclaba con el pueblo, lo que indica meramente que mantenía algunas conversaciones con funcionarios inferiores de provincia, lo que no significa mucho. En este contexto, toda su conducta estaba dictada seguramente por consideraciones políticas. No obstaculizó las prácticas del budismo, lo que quizá pueda interpretarse como condescendencia hacia el pueblo. Siguió en esto el ejemplo de su padre Shun-chih, quien al principio, entre 1651 y 1657, había mantenido muy asiduo contacto con el padre jesuita principal Adam Schall (al punto de que éste llegó a concebir esperanzas de convertir al emperador al cristianismo), pero luego, bajo la influencia de ciertos eunucos y de un monje llamado Hsing-ts'ung, había quedado enteramente fascinado por el budismo Ch'an.

La muerte de K'ang-hsi, en 1722, está envuelta en sombras. Podían sucederle quince de sus hijos mayores, entre los cuales el emperador, en la vejez, favorecía abiertamente a Yin-t'i (1688-1755). Muchos autores chinos estiman que Yin-chen (1678-1735), para apartar a Yin-t'i y a todos sus demás hermanos, habría matado a su padre en un momento favorable, apoderándose del trono en una suerte de golpe de Estado. Sólo se sabe con certeza que el comandante de la gendarmería de Pekín, Lungkodo, desempeñó un importante papel en la ascensión al trono de Yin-chen, y que éste, que gobernó desde 1723 hasta 1735 bajo la divisa Yung-cheng, eliminó y suprimió escrupulosamente todos los documentos referentes a Yin-t'i. Yung-cheng era de una extraordinaria ambición y envidioso, y persiguió a sus hermanos con odio y sin clemencia: Yin-t'i, por ejemplo, fue despojado de todos sus títulos en 1726 y se le arrojó a prisión, viéndose libre sólo después de la muerte del emperador. Yung-cheng no vaciló tampoco en desembarazarse de antiguos partidarios suvos, como Lungkodo. Sentía alergia por la corrupción y no toleraba críticas. Pero por muy desfavorables que se presenten los rasgos subjetivos de su personalidad, objetivamente considerada su política respondió exactamente al requerimiento principal de su época, es decir, afianzamiento y desarrollo de todo lo que se había logrado con K'ang-hsi. Su importancia es indiscutible en lo

que se refiere a la consolidación interna del imperio. Todos los medios le parecían buenos para alcanzar este objetivo: los funcionarios fueron sometidos a estricto control, y el emperador se sirvió para ello incluso de numerosos espías; afianzó el poder absoluto del monarca, reteniendo a los príncipes firmemente en la corte y vigilándolos, así como reduciendo la influencia de ellos en las banderas; quitó al *nei-ko*, que databa de la época Ming, su posición dirigente, en 1729, reemplazándolo por un Consejo de Estado (*chün-chi ch'u*); y sobre todo reorganizó las finanzas y dio impulso a la legislación. Cuando era un joven príncipe, Yung-cheng había leído mucha poesía china; luego se fue aficionando cada vez más a la literatura budista. Su actitud era hostil con respecto a la misión cristiana. Hizo derribar muchas iglesias y expulsar a misioneros. Otorgó cierto apoyo al lamaísmo. En el último año de su vida formó un reducido grupo de estudio orientado hacia cuestiones religiosas, compuesto casi exclusivamente de budistas, pero que incluía también a un monje taoísta. Dispuso la reimpresión de muchas obras budistas y publicó él mismo algunos textos de contenido budista.

Para sus contemporáneos, especialmente para quienes le rodeaban directamente, Yung-cheng fue seguramente no sólo molesto, sino ni más ni menos que una carga. El historiador, que juzga su reinado desde la perspectiva del tiempo y que tiene que esforzarse por evaluarlo objetivamente, no puede, en cambio, dejar de lado el hecho de que Yung-cheng regeneró las fuerzas económicas del imperio, tan estragadas durante el período de estabilización bajo K'ang-hsi, sentando así las primeras bases del período de florecimiento vivido por China bajo los sucesores de Yung-cheng.

En 1736 Hung-li (1711-1799), cuarto hijo de Yung-cheng, subió al trono con la divisa Ch'ien-lung. Las finanzas son las que nos proporcionan los elementos más palpables para evaluar cuán profundamente su padre había puesto en orden la administración del imperio, y en consecuencia, cuán fácil fue para él hacerse cargo de la herencia. En el momento de la sucesión, el tesoro estatal arrojaba un saldo de 24 millones de onzas de plata. Los sucesos posteriores demostraron que esta riqueza no se debía a medidas ahorrativas parciales, sino a un buen funcionamiento de los mecanismos tributarios. Pese a que continuaban incrementándose las costas de la política de expansión que se aplicaba en el Oeste (la conquista de Turquestán y del territorio del Ili absorbió unos 23 millones de onzas) y del incremento de 60.000 hombres en el ejército, que en el año 1782 requirió solamente tres millones de onzas

de gastos adicionales, el saldo se elevaba en 1786 a más de 70 millones de onzas de plata.

Ch'ien-lung demostró estar a la altura de las responsabilidades que le tocó afrontar. Adoptó un estilo de vida regular que le permitió hacer frente a largas jornadas de trabajo. Con todo, más tarde, al incrementarse más y más el lujo en la corte, aflojó considerablemente las riendas. Se ha dividido su gobierno en tres períodos, cada uno de los cuales lleva nítidamente la marca de algunos de sus principales ministros: O-er-t'ai (1680-1745) y Chang T'ing-yü (1672-1755) fueron dos experimentados y hábiles estadistas que tuvo a su lado al comienzo y que contribuyeron considerablemente a la prosperidad del imperio; luego el emperador, desgraciadamente, favoreció a Yü Min-chung (1714-1780), quien ocupó cargos de la más elevada jerarquía en el Ministerio de Finanzas y de Justicia y llegó en 1773 a ser miembro del Consejo de Estado; un político que no se atrevía a discrepar con el emperador y que rodeó a éste de una atmósfera de adulación. Finalmente, la tercera fase estuvo determinada por el inescrupuloso general de bandera Ho-shen (1750-1799)¹², bajo cuya funesta influencia cayó el emperador a fines de la década de 1770. Ho-shen se adjudicó dudosos méritos combatiendo contra rebeldes mahometanos en Kansu (1781-1784), ocasión en la cual prolongó deliberadamente las operaciones militares para poder enriquecerse mejor. Ahora bien, este caso muestra también que el imperio pasó a enfrentar nuevos problemas a raíz de su extensa ampliación territorial, que entrañaba la incorporación de pueblos extranjeros. Ya en 1735-36 hubo que reprimir cruelmente disturbios ocurridos en Yünnan, entre los Miao, que habían sido puestos violentamente bajo la administración china. En 1746-1749 se produjo un levantamiento entre los naturales del territorio fronterizo de Ssuch'uan y Tibet, reprimido con grandes esfuerzos militares, y en 1758-59 hubo de poner fin a las primeras sublevaciones de mahometanos en Turquestán. En 1767, dificultades originadas en Yünnan determinaron una nueva difusión de los conflictos, en el curso de los cuales fue sometida Birmania. Pero también internamente se hicieron sentir los desórdenes, como lo demuestra el resurgimiento de la secta secreta «Loto Blanco».

Con la era de Ch'ien-lung, la dinastía Ch'ing alcanzó el cénit de su desarrollo, aunque su decadencia se inició ya al final del siglo XVIII. La burocracia, ideológicamente conservadora y basada económicamente en la propiedad territorial, resultó incapaz, más allá de cierto punto, de hacer frente a las necesidades que la rápida reforma exigía; se puede resu-

mir este fenómeno en un esquema en el cual las mismas fuerzas que habían garantizado el ascenso de los Ch'ing contribuyeron también a su ocaso. Esto se hizo perceptible también en el caso de Ch'ien-lung: pintaba y componía poemas en forma mediocre, y los letrados, artistas y literatos que gozaron de su apoyo creaban obras igualmente mediocres. Los grandes espíritus de la época se formaron en silencio, apartados; ellos comenzaron a forjar las armas que sus herederos volverían contra los Ch'ing. Cuando Ch'ien-lung abdicó voluntariamente en 1796 —no quiso gobernar más tiempo que su abuelo K'ang-hsi, es decir, sesenta y un años—, dejó a sus herederos un imperio que, pese a todo su brillante potencial, llevaba ya en su seno el germen de la decadencia.

III. El imperialismo chino-manchú en los siglos XVII y XVIII

Si hoy, en el siglo XX, la República Popular China tiene fronteras comunes con la India y la Unión Soviética y es el tercer país del mundo en cuanto a superficie, ello es resultado de la expansión territorial lograda bajo la autoridad de los monarcas manchús. Esta expansión se desarrolló casi simultáneamente con la colonización de Siberia por los rusos y el avance de Inglaterra sobre Asia: triple colonialismo, pues, que abarcó Asia en los siglos XVII y XVIII. Es claro que en cada caso las circunstancias que rodearon la conquista y los métodos de ocupación revistieron la mayor diversidad concebible; de modo que el usual término de colonialismo, en lo fundamental, define una ampliación del ámbito de dominio. Mientras los rusos encontraron en Siberia un territorio vírgen casi despoblado y los ingleses se dejaron guiar por intereses mercantiles en su avance sobre la India (no era la corona, sino la Compañía de las Indias Orientales, titular de la dominación), la expansión de China, por su parte, estuvo estrechamente ligada a empresas militares que a su vez se relacionaban con la doctrina religiosa lamaísta y la cuestión de los mongoles. Sin los sucesos ocurridos dentro del mundo tribal mongol en el siglo XVII, sería inexplicable el avance de China hacia el Asia central, de modo que, en definitiva, los mongoles también marcaron la historia eurasiática entonces, como ya lo hicieron en el siglo XIII, sólo que esta vez terminaron por perder completamente su independencia como estado, y los descendientes de quienes fueran dominadores del mundo se convirtieron en súbditos del imperio chino-manchú o de

los zares rusos. (Cfr. también *Historia Universal Siglo XXI*, tomo 16, págs. 240-258.)

Los rusos, a raíz de su avance hacia el Asia oriental, tenían que entrar tarde o temprano en conflicto con los emperadores manchús, cuya tierra de origen limitaba con el territorio del Amur, alcanzado por colonizadores y cazadores rusos a partir del siglo xvii¹³. Se produjeron, una y otra vez, incidentes que sugirieron a los emperadores chinos la conveniencia de cuidar que se mantuviese la estabilidad en el Norte, entre otras cosas, también en razón de los disturbios causados al mismo tiempo por los zungares en el noroeste del imperio (ver infra). Emisarios rusos efectuaron varios viajes a la corte del emperador K'ang-hsi, y finalmente se celebró un acuerdo con ellos. Por parte de los chinos, las negociaciones estuvieron directamente a cargo del manchú Songgotu, cuya comitiva integraban, entre otros, los jesuitas europeos Jean-François Gerbillon y Thomas Pereira, quienes actuaban como intérpretes. El 7 de septiembre (27 de agosto según el calendario antiguo) de 1689 se concretó en Nertchinsk un tratado que es el primero que haya tenido lugar entre el emperador chino y una potencia europea¹⁴. Este documento, redactado en las lenguas latina, manchú, mongol, china y rusa, establecía como frontera el curso del río Amur y las montañas Hsingan, prohibiendo a los cazadores que habitaban los territorios afectados la libre trasposición de los límites así fijados. En 1727 se celebró un nuevo tratado entre Rusia y China (tratado de Kiachta), en el que se fijaban nuevamente las fronteras, que lo fueron más o menos tal como se presentan hoy, es decir, a lo largo del Amur y del Argun. Kiachta, en Transbaikalia, que era punto fronterizo, pasó a ser lugar de tránsito del comercio de caravanas ruso-mongol; frente a este lugar, en territorio chino, se encontraba el enclave mercantil de Maimaichín. Cada tres años podría entrar en China, y en Mongolia, una caravana rusa con 200 acompañantes en cada caso; además, se permitió a los rusos establecer una factoría permanente en Pekín, así como edificar un templo ortodoxo-griego. Las relaciones entre ambas potencias, creadas por el tratado de Kiachta, permanecieron en vigencia hasta que, entrado el siglo xix, durante el reinado del zar Nicolás I, alcanzó el Asia oriental una nueva onda del imperialismo ruso. Mediante los tratados, los emperadores manchús habían estabilizado la situación en los territorios fronterizos del Norte en relación con los rusos, quienes, por lo demás, no eran considerados, entonces, todavía como un peligro que hubiese que tomar en serio.

Fue mucho más difícil la confrontación, así como el en-

frentamiento final, con los mongoles. Es cierto que los manchús habían ganado, como aliados, a algunas tribus de los mongoles del Este, ya en los tiempos en que se hicieran con el poder en China. Pero fueron los mongoles del Oeste los que iniciaron los intentos de crear un nuevo gran reino mongol en el siglo xvii¹⁵. Las denominaciones de los mongoles del Oeste varían según las fuentes; en lo que sigue se hablará constantemente de zungares, pero hay que observar que los zungares integraban originariamente el grupo de los mongoles occidentales (oirates), junto con los khoshot, torghutos y derbetos. La segunda conversión, a fines del siglo xvi, había hecho de los mongoles occidentales fieles acólitos del lamaísmo, y la tribu de los khosht, que desde su antigua sede, en la comarca de Urumchi, se había desplazado hacia el Este, hasta la región del Kuku Nor, asumió, encabezada enérgicamente por Gusri Khan (muerto en 1656), el papel de protector laico del Dalai Lama tibetano. En su carácter de aliado y protector del quinto Dalai Lama, Gusri Khan desempeñó también un papel importante en la visita realizada por el prelado a Pekín en 1652¹⁶. Las relaciones de los emperadores manchús con la jerarquía lamaísta deben considerarse en función de los mongoles, pues en su carácter de jefes espirituales de ellos, los Dalai Lamas pudieron ejercer un gran poder. En 1640 ya los khoshot dominaban *de facto* el Tíbet—posición ésta en la que posteriormente los reemplazó la tribu de los zungares—. Bajo la autoridad de Galdan (1632 ó 1644-1697), los zungares habían conquistado inicialmente, en 1678-79, todo el Turquestán oriental, sometiendo a todos los pequeños reinos islámicos que allí había. En sus grandes éxitos, Galdan se vio favorecido también, frente a las tribus y los príncipes mongoles del Oeste, por el prestigio espiritual que le venía de haber sido en su juventud lama en un monasterio tibetano. El ascenso de los zungares ponía en peligro a los jaljas, mongoles del Este, de modo que al emperador manchú le convenía apoyar a éstos contra Galdan. Fracasaron los intentos de llevar a cabo una mediación pacífica entre los grupos mongoles que guerreaban entre sí; y poco después de 1686 Galdan invadió con sus tropas la Mongolia exterior. Este ataque inclinó a los jaljas completamente del lado de los manchús; en 1691 todos los jefes jaljas saludaron al emperador K'ang-hsi como su salvador frente a los zungares, y hasta el fin de la monarquía observaron una conducta de fieles súbditos. Las tropas chino-manchús obtuvieron una resonante victoria en sus enfrentamientos con los zungares en 1696; sin embargo, Galdan no se sometió y perdió la vida durante su fuga. Los esfuerzos orien-

tados a crear un gran reino zungárico fueron proseguidos por su sobrino Tsewang Rabtan (en tibetano, Ts'e-dban rab-btan, 1643-1727). Este dominaba todo el Turquestán oriental, salvo Hami, ya anexionado por los chinos, porciones de Siberia meridional y toda Mongolia occidental hasta el lago Balkash. Los zungares intervinieron en los desórdenes internos que habían estallado en Tibet tras la muerte del quinto Dalai Lama, y en 1717-18 un contingente zungárico conquistó Lhasa y otros lugares importantes. Los saqueos que cometieron los hicieron tan impopulares, sin embargo, que K'ang-hsi intervino, apoyándose en sectores de la nobleza tibetana, y envió en 1720 un cuerpo expedicionario desde Ssuch-uan a Tibet, expulsando a los zungares. Este primer avance de los chinos y manchús sobre Tibet se debió a que el emperador, por fuerza, temía que el jefe espiritual de los mongoles lamaístas pudiese caer nuevamente bajo protectorado zungárico, y que en ese caso su influencia volviese contra la corte pekinesa a los mongoles fieles al emperador. Quedó en Lhasa una guarnición china. Pero la incorporación definitiva de Tibet como protectorado del imperio chino no tuvo lugar hasta mediados del siglo XVIII (1751); la forma que asumió la dominación china allí no era muy distinta de la establecida por los británicos en la India. Los residentes chinos en Lhasa se ocupaban de que el centro del lamaísmo no pudiese caer bajo dominación extranjera, y en los demás asuntos concedían al país una gran dosis de autonomía interna, con el Dalai Lama como jefe temporal y espiritual a la vez.

Pese al revés que habían sufrido los zungares en Tibet, su posición no se vio debilitada, dado que nuevas conquistas, alcanzadas en la parte norte del Turquestán oriental, compensaron la pérdida de su influencia en el Tibet. Llegaron incluso a enfrentarse con los rusos durante el reinado de Pedro el Grande, quien parece haber abrigado durante un tiempo la intención de avanzar él mismo sobre el Turquestán oriental. Después de morir en 1727 Tsewang Rabtan, víctima quizá de un atentado perpetrado por lamas tibetanos, se celebró en 1738 un convenio transitorio entre el emperador y los zungares; las montañas Altai fueron fijadas como límite entre los territorios chino-manchú y zungárico. La terminación de la supremacía zungárica en el corazón de Asia fue el resultado de encarnizadas luchas por la sucesión, a la muerte del proverbial Tsewang Rabtan. Su nieto Amursana (m. 1757) se unió primero a los chinos y, por cuenta del emperador Ch'ien-lung, conquistó el territorio del Ili, que estaba en manos de su rival Davaci. Pero Amursana aprovechó esta

victoria para, rebelándose, pugnar nuevamente por su plena independencia de Pekín. En 1756-57 los ejércitos imperiales recuperaron Ili; Amursana huyó al Kazakstán. Con ello, el país propio de los zungares estaba en manos imperiales; se llevó a cabo seguidamente una masacre entre los nobles zungáricos, y hasta el nombre hubo de eliminarse por orden del emperador siendo reemplazado por la designación tribal Olót. Una vez pacificado el país zungárico, los ejércitos del emperador marcharon sobre el Turquestán oriental, apoderándose de Aksu, Kashgar y Yarkend, con lo que toda la cuenca del Tarim volvió a encontrarse sometida a China. Se instaló un gobierno militar que hizo administrar el Turquestán oriental, el «Nuevo Territorio» (en chino, Hsin-chiang, Sinkiang) por gobernadores residentes en Ili y Urumchi. En 1884 se elevó a Sinkiang a la categoría de provincia.

La posteridad ha recibido testimonios gráficos de la conquista del país zungárico y del Turquestán oriental, así como de otras expediciones coloniales chinas del siglo XVIII. En colaboración con jesuitas que desarrollaban su actividad en la corte de Pekín, se elaboraban grabados en cobre de gran tamaño, que representan, con detallada precisión, escenas de las campañas y combinan la técnica gráfica europea con la tradición china de la pintura figurativa. Algunos de estos grabados se encuentran hoy en museos y colecciones europeos y norteamericanos. Los detalles que contienen hacen de ellos una importante fuente de datos para la historia militar de China. Pero quizá las hazañas militares más grandes de los chinos y manchús hayan sido las campañas desarrolladas en el territorio fronterizo tibetano oriental, la «Cuenca del oro» (1776), y la que realizaron contra los gurjas. Alrededor de 1790, guerreros gurjas entraron en el Tibet meridional desde Nepal, saqueando los monasterios que allí había. La reacción china no se hizo esperar mucho tiempo. El general manchú Fukanggan (m. 1796), ya afamado por el papel que había cumplido en la guerra contra la «Cuenca del oro» y en la represión de un levantamiento en Taiwan (1787), condujo un contingente chino-manchú por los pasos de alta montaña tibetanos y no sólo expulsó a los gurjas del Tibet, sino que los persiguió hasta los valles de Nepal. El resultado de esta campaña fue un arreglo de paz con los gurjas, quienes tuvieron que comprometerse a enviar a Pekín, cada cinco años, una delegación tributaria.

Con ello el emperador Ch'ien-lung no sólo había afianzado la supremacía china sobre Tibet, sino que había hecho valer el poder de China también en las faldas meridionales del

Himalaya. Gobernaba un territorio más extenso que el de cualquier otro soberano en la historia anterior de China. El grado en que ejercía su dominación en los países extranjeros era diverso. En Mongolia continuaba en pie la antigua distri-

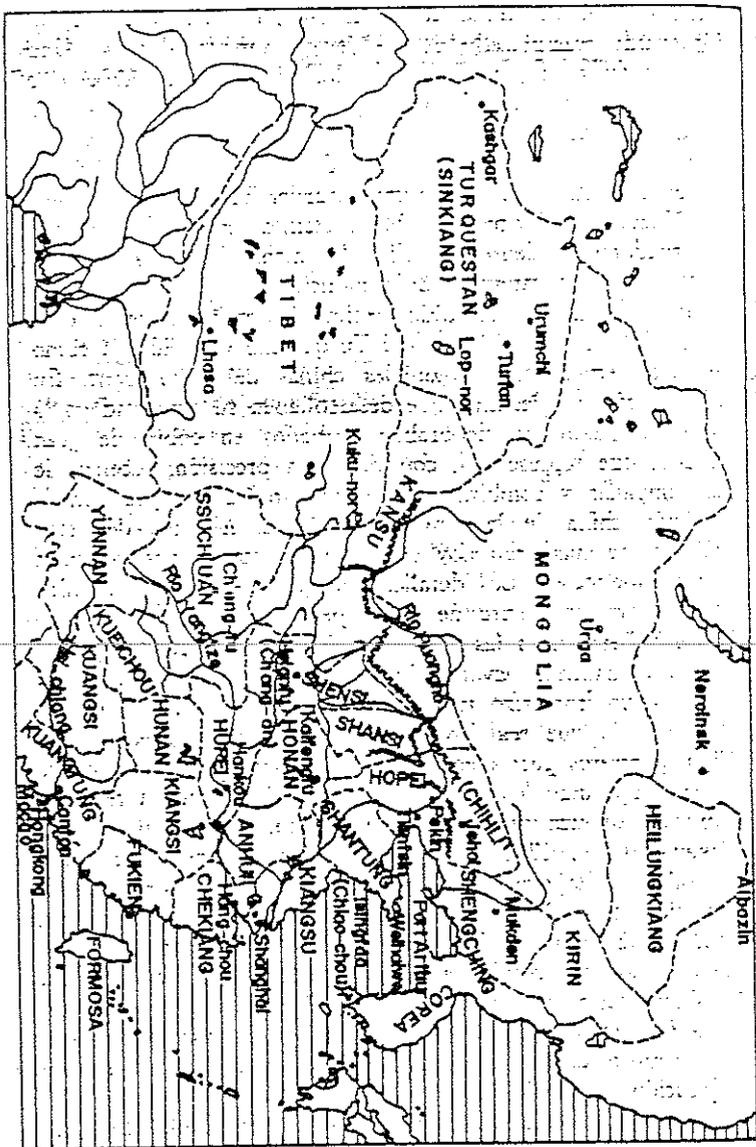


Fig. 3.—El reino de los Ch'ing hacia 1800.

bución en tribus y banderas; el elemento fundamental era, en este caso, un lazo feudal y personal de lealtad entre los príncipes mongoles y el emperador. En Tibet la dominación se ejercía a través de residentes, garantizándola la presencia de guarniciones menores, pero respetando, por lo demás, la autonomía en las cuestiones internas; mientras que el Turquestán oriental se administraba como territorio ocupado. China se había convertido en un estado cosmopolita. La forma de administración tomó en cuenta este hecho, y muchos de los documentos importantes no se redactaban sólo en las lenguas oficiales, manchú y chino, sino también en los idiomas coloniales mongol, kalmuco (mongol occidental), turco oriental (en caracteres árabes) y tibetano. Así, la época Ch'ing suscitó una múltiple literatura en diversas lenguas, en las que se incluyen diccionarios políglotas destinados a facilitar el mantenimiento de correspondencia con los pueblos coloniales¹⁸. Además, el gobierno cuidó el sostenimiento del lamaísmo; en su carácter de religión profesada por los integrantes tibetanos y mongoles del imperio. Y a partir de la segunda mitad del siglo XVII, Pekín se convirtió en un importante centro de impresión de textos budistas en mongol y tibetano; se fomentó igualmente la traducción de textos budistas del tibetano al mongol y al manchú, medidas todas orientadas a la estrecha incorporación de los países exteriores al centro del imperio y a la corte imperial¹⁹. Así, a fines del siglo XVIII, China se había convertido en una potencia que dominaba todo el Asia oriental y central, el estado más populoso del mundo y, sobre todo, en la máxima potencia terrestre del continente asiático. Este imperio chino dominado por los manchús no dejó de impresionar a los europeos, quienes fueron recibiendo cada vez más noticias de China, desde los tiempos de Matteo Ricci, por intermedio de los jesuitas y otros misioneros.

IV. *La imagen de China en Occidente:* uno de los misioneros jesuitas que permaneció en Pekín durante el reinado de Kang-hsi fue el jesuita Johann Adam Schall von Bell (1591-1666), natural de Colonia, se había quedado en Pekín tras el desmoronamiento de la dinastía Míng. En 1644 el regente Dorgon le había pedido que formase un nuevo calendario sobre bases occidentales; y al año siguiente se le confió la dirección de la oficina astronómica. En 1651 se permitió a la misión de Pekín que edificase una iglesia, la llamada *Nan-t'ang* («Iglesia del Sur»). Pero los notorios éxitos alcanzados por Schall a comienzos de la monarquía manchú no pueden hacernos ol-

vidar que la posición de la misión seguía siendo inestable e incluso que estaba en peligro; puesto que dependía enteramente del favor del emperador. En la propia oficina astronómica, los métodos científicos más perfeccionados de los jesuitas —que se ocupaban, por ejemplo, de la previsión más precisa de los eclipses de sol— tenían que suscitar la envidia y los celos de los restantes funcionarios de astronomía, y así, los letrados, mahometanos especialmente, intrigaron contra Schall, que fue incriminado en 1661 y condenado a muerte, aunque finalmente indultado. Su sucesor, el flamenco Ferdinand Verbiest (1623-1688), obtuvo en 1668-69. un brillante triunfo en una disputa sobre el calendario, y su rival, un funcionario chino llamado Yang Kuang-hsien (1597-1669), que venía combatiendo apasionadamente a los jesuitas desde 1659, fue desterrado. Debe tenerse en cuenta, además, que la astronomía y la ciencia del calendario revestían en China una importancia que rebasaba en mucho su utilidad práctica. Pues la cosmología china postulaba la existencia de un vínculo general entre la naturaleza y el mundo de los hombres, cuya armonía era también la única que legitimaba la soberanía, es decir, que concernía directamente a la autoridad del emperador. Así, no es sorprendente que la oficina astronómica estuviera dirigida por occidentales hasta 1827 aproximadamente. Mencionaremos a algunos de los sabios que actuaron allí después de Verbiest: Philippe-Marie Grimaldi (1639-1712), Augustin von Hallerstein (1703-1774) y Andrés Rodríguez (1729-1796).

Pero todo ello no favoreció la acción propiamente misionera de los jesuitas y más tarde también de los franciscanos, agustinos y dominicos. Las condiciones eran demasiado desfavorables para su misión: los emperadores tenían que contar con la burocracia confuciana, el budismo estaba demasiado profundamente enraizado en el pueblo, y se recordaban también, invariablemente, los casos en que religiones extranjeras habían servido como fuerzas impulsoras de sublevaciones. Finalmente, se añadía la incompatibilidad existente, por ejemplo, entre la poligamia y los requerimientos que exigía el bautismo. Pero el ocaso definitivo de la misión católica lo selló la lucha emprendida en Europa contra la orden de los jesuitas, lucha en la que se destacaron especialmente los jansenistas, quienes se oponían a la concepción laxa que tenían los jesuitas de la penitencia. Se tomó como pretexto la tolerancia practicada por los jesuitas —debido al correcto conocimiento que tenían de la situación— con respecto a los ritos confucianos y al culto de los antepasados. Al prohibir el papa la

adaptación de la doctrina del cristianismo a los ritos confucianos, la capacidad de acción de la misión se encontró disminuida en forma decisiva; finalmente, se vio perdida totalmente al ser disuelta la orden de los jesuitas (1773).

Pero los informes de los jesuitas alcanzaron una difusión inesperada en el mundo espiritual europeo. El verdadero descubridor de China para Europa había sido Marco Polo; Guillermo de Rubruk había advertido ya —igualmente en el siglo XIII— que la «Cathay» de Polo y la «Serika» de las fuentes griegas antiguas eran lo mismo. Ahora se disponía de un material incomparablemente más rico, y una obra sobre China publicada en 1585 por el español Juan González de Mendoza, un agustino, se convirtió en «bestseller» europeo. Pero la nueva imagen de China a los ojos europeos estaba determinada por las concepciones de los jesuitas, consignadas extensamente por primera vez en los informes de Ricci, descubiertos por Trigault a comienzos del siglo XVII. Sólo podemos mencionar algunas de las numerosas obras que aparecieron a raíz de ello: *China illustrata*, de Athanasius Kircher (Amsterdam, 1667); *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'empire de la Chine et de la Tartarie chinoise*, de Jean-Baptiste du Halde (París, 1735), y *Novissima Sinica historiam nostri temporis illustratura* (1697), de Leibniz. El texto *De la Vertu des Payens* (1642), de La Mothe le Vayer, que trataba en su segunda parte de Confucio, el «Socrate de la Chine», tenía todavía por única finalidad ayudar a Richelieu en su lucha contra los jansenistas, pero en el siglo XVIII los nuevos conocimientos de la cultura china adquirieron renovada importancia en el desarrollo de la Ilustración. Los espíritus se veían impresionados, en Europa especialmente, por las representaciones idealizadas de los funcionarios y letrados confucianos, así como de la posición de éstos en el Estado. A la concepción que se tenía de la civilización china se sumó un elemento utópico que tenía por raíz el derecho natural de la Ilustración. Es sólo aparentemente una paradoja el que la ampliación del horizonte histórico y el impulso hacia la historia universal no surgiera de la necesidad de historizar, sino de la teología natural, implícita en el figurativismo que concebía los sucesos relatados en el Antiguo Testamento como una representación simbólica de los del Nuevo Testamento, o sea, en definitiva, de la ambiciosa doctrina moral humana general que pretendía conciliar la naturaleza con la razón. Esta concepción fundamentalmente histórica se manifiesta en los paralelismos que se trazaban con continuo empeño en aquella época. Confucio fue comparado por los figurativistas con Pla-

tón, Sócrates y San Pablo, y la figura de monarca mítico de Fu-hsi con Zaratustra o con Enoch, el padre de Matusalén. Malebranche (1638-1715) vio un parentesco entre las doctrinas animistas chinas y las ideas de Spinoza, y Leibniz consideraba que su sistema binario estaba esbozado, al menos implícitamente, en los trigramas del «Libro de las transformaciones» (*I-ching*). Pero es fundamental el hecho de que Leibniz, Voltaire y muchos otros destacaran particularmente el inmediato valor práctico de la doctrina moral china.

No podemos referirnos aquí a las múltiples influencias chinas sobre las artes, como las porcelanas, lacas, bordados, arquitectura y jardinería. Cabe mencionar todavía el hecho interesante de que las teorías de los fisiócratas aprovecharon decisivas sugerencias procedentes de China o, mejor dicho, de las —poco claras— imágenes que se tenían del sistema agrícola chino. Tampoco debe olvidarse que la idea europea de academia, tal como la propugnó especialmente Leibniz, fructificó a partir de elementos tomados de China. Sintetizando, puede decirse que China tuvo una acción progresista sobre la historia intelectual europea del siglo XVIII, lo cual, como sabemos hoy, estaba en contradicción con la realidad china de aquellos tiempos. Pues precisamente aquello que en Europa se admiraba como expresión del progreso en China, es decir, la función de la burocracia confuciana, había perdido en China su carácter progresista hacía mucho tiempo, convirtiéndose en el freno opuesto a un desarrollo moderno²¹.

VII. Administración, economía y sociedad

En general los manchús adoptaron el aparato administrativo que habían encontrado. Las pequeñas modificaciones introducidas respondían a su estructura básica, y bajo una dinastía nacional china apenas si habrían sido realizadas en forma diferente, pues la burocracia en su conjunto ya había alcanzado un alto grado de autonomía.

La institución principal pasó a ser el Consejo de Estado (*chün-chi ch'u*)²², fundado en 1729, al que fueron transferidas las principales funciones del *nei-ko*, que perdió entonces gran parte de su importancia, adoptando por una parte el carácter de una secretaría, y por otra el de un archivo. La fundación del Consejo de Estado se debió al deseo del emperador Yung-cheng de mantener ciertos secretos. El estímulo vino dado por los preparativos para las operaciones militares requeridas por los permanentes ataques de los khosthot en

Kansu y porque el emperador quería discutir con un equipo lo más reducido posible. Por ello, también, la sede del Consejo de Estado se estableció en el interior del recinto palaciego. Los consejeros de Estado (*chün-chi ta-ch'en*) se reunían a diario para celebrar audiencias; aconsejaban sobre todas las cuestiones fundamentales, en especial sobre la designación de los más altos funcionarios. Estos eran designados por el emperador, que por lo general los escogía entre los funcionarios que ya habían sido puestos a prueba en el gobierno central. Yung-cheng había designado tres consejeros de Estado en 1729, y en tiempos posteriores fueron, por término medio, cinco o seis, manchús y chinos mitad y mitad. Los cargos de secretarios también eran paritarios (inicialmente, 10; bajo Ch'ien-lung, 16, y a partir de 1799, hasta 32).

La Censoría (*tu-ch'a yüan*) conservó sus funciones anteriores, siendo utilizada incluso conscientemente para servir de contrapeso al poder del Consejo de Estado. También respetaron los seis ministerios, subordinados directamente al emperador; se les agregó la llamada Superintendencia para Mongolia (*li-fan-yüan*), una suerte de Ministerio de Colonias, que también tenía jurisdicción sobre el Tibet y la jerarquía lamaista, y que estuvo invariablemente regido por un general de las banderas. En principio, toda la administración era mixta, manchú y china, aunque las prerrogativas de los manchús eran evidentes. También estaba en esta línea el hecho de que en 1668 se prohibiera entrar a los inmigrantes chinos en Manchuria, ocasión en que también se excluyeron las tres provincias que la integraban (Heilungkiang, Kirin y Feng'ien), de la administración provincial general, lo mismo que Mongolia y Tibet, aunque éstas debido a consideraciones puramente militares. El territorio del imperio estrictamente considerado se dividió en 18 provincias (*sheng*). Cada una de ellas tenía por autoridad suprema a un gobernador civil (*hsün-fu*), mientras que un gobernador general (*tsung-tu*) atendía las cuestiones militares, en la mayoría de los casos de dos provincias a la vez, y a veces también de tres. En general se distinguían cuidadosamente las esferas civil y militar.

Además de las «banderas» se formaron tropas provinciales chinas —con unos efectivos de 600.000 a 700.000 hombres—, los llamados «Batallones Verdes» (*lü-ying*), que constituían sobre todo una fuerza de policía, que se empleaba preferentemente para reprimir disturbios internos. En caso de necesidad también se efectuaban levás entre la población. Junto con los órganos administrativos, los manchús tomaron también de los Ming el sistema de exámenes. Todo aquel

que en los distritos había pasado el examen previo recibía el título de *hsiu-ts'ai* («lucido talento»). De esta promoción académica del más bajo nivel, llamada también *sheng-yüan*, eran seleccionados los mejores mediante una serie de exámenes especiales, convirtiéndose entonces en licenciados superiores y recibiendo automáticamente una beca (*kung-sheng*). Si se lograba pasar las pruebas provinciales que se realizaban cada tres años, en otoño, se llegaba a *chü-jen* («avanzado»). Estos, a su vez, tenían la posibilidad de alcanzar el grado máximo de *chin-shih* en el examen metropolitano realizado en la primavera siguiente. Con todo, de los varios miles de aspirantes que se admitían aproximadamente, sólo ascendían a este grado unos pocos. No deben haber pasado prácticamente de 250 a 300 por año. Un cómputo de los *chin-shih*, cuyas genealogías se han conservado, arroja las siguientes cifras: 1655, 401 *chin-shih*; 1673, 138; 1685, 169; 1703, 104; 1822, 210²¹ (del siglo XVIII no se dispone de datos). En 1689, 106 de ellos provenían de familias que desde hacía tres generaciones venían colocando uno o varios graduados superiores. La mayoría de los que lograban pasar seguían siendo originarios del sudeste del imperio, y sólo un pequeño número eran miembros de las «banderas», que en principio no necesitaban el examen. De esta forma, los consejeros de Estado chinos eran en todos los casos *chin-shih*, mientras que por término medio sólo una quinta parte de los consejeros manchús lo eran. En el resto de la burocracia central la relación no es diferente. Los miembros de las «banderas» aprovechaban con mayor frecuencia la oportunidad «irregular», aunque oficial, que se les brindaba de hacer la carrera, que en el caso de los chinos seguía restringida al nivel más bajo. También la venta de los títulos literarios inferiores tuvo sanción administrativa. En lo referente a los *chin-shih*, se trataba evidentemente de una política restrictiva practicada conscientemente por los manchús, que mantenía una cuota limitada. De este modo surgió un muy especial problema social encarnado por la masa de los aspirantes rechazados, no pocos de los cuales intentaban repetidas veces poder pasar de nuevo. Así, en la movilidad social existente, el fenómeno más interesante es el del descenso: por regla general no entrañaba empobrecimiento alguno, sino tan sólo pérdida de prestigio. El éxito en las profesiones técnicas no podía compararse, ni mucho menos, con el éxito burocrático. Una vez más se demuestra la extraordinaria coherencia del confucianismo: no se realizó ningún esfuerzo por reformar tales oficios en un sentido corporativo. En China no se conoció nada similar a la relación del calvinismo con la clase media.

Los principios generales económicos, y muy en especial de la hacienda pública, de los Ch'ing nos ofrecen un ejemplo excelente de cómo la economía, en sus estadios más avanzados, se convierte siempre en economía política. El sistema tributario a partir de 1683, es decir, posterior a la pacificación del imperio, sólo se comprende concibiéndolo como parte de la política de apaciguamiento practicada frente al pueblo chino. Evidentemente, contribuyó también a ello la carestía provocada por el desmoronamiento de la dinastía Ming y las guerras. En primer lugar el gobierno de los Ch'ing abolió las prestaciones de trabajo y eximió de impuestos a los territorios devastados; por otra parte, las tasas de los impuestos se fijaron de forma que no superaran las de 1570. En caso de malas cosechas, se concedían amplias reducciones que más tarde, después de 1683, alcanzaron montos enormes (¡hasta 1711: sumaron más de cien millones de onzas de plata!). En 1712 K'ang-hsi congeló el impuesto individual (*ting-fu*), en el nivel de la recaudación de 1711, sin tener en cuenta el crecimiento de la población. Pero fue bajo el emperador Yung-cheng cuando el sistema tributario experimentó una transformación decisiva. En 1727, a semejanza del impuesto unificado de los Ming, se fundió el impuesto personal con el impuesto territorial (*ti-fu*), formando el impuesto llamado *ti-ting*. Como la proporción del *ting-fu* se calculaba en un 10 a un 20 por 100 del monto del *ti-fu*, los campesinos sin tierra quedaron prácticamente exentos de tributos. También los tributos de arroz se aplicaban flexiblemente; la posibilidad de satisfacerlos con pagos en dinero favoreció la actividad manufacturera de los campesinos. Al tradicional inconveniente de que los funcionarios de tributación exigían arbitrariamente cantidades superiores a las estipuladas, Yung-cheng contrapuso dos disposiciones: aumentó los emolumentos de los funcionarios (un gobernador pasó a percibir anualmente 10.000-20.000 onzas de plata) y legalizó la costumbre del *hao-hsien* («agasto del remanente»), fijando límites máximos al sobrante. No sólo hubo fraudes y enriquecimientos gracias al dinero de los tributos, sino que los funcionarios a menudo no podían negar el haber recibido una serie de tributos especiales, entre los que también estaban ciertos «obsequios» para sus superiores. Además, Yung-cheng instauró un sistema modelo de verificación de cuentas, cuya dirección encargó a su hermanastro Yin-hsiang (1686-1730); príncipe de I, en quien depositaba plena confianza. Toda la política financiera de Yung-cheng, que deparó al país un bienestar que prácticamente no había conocido en el

pasado, llevaba, pues, inconfundiblemente la marca del legalismo, y resulta significativo el hecho de que durante el reinado de Ch'ien-lung la burocracia ortodoxa protestara contra ello, y contando con la tolerancia del monarca y el pretexto de las sagradas costumbres del confucianismo, volvieron a practicar la vieja rutina. Con todo, no debe pasarse por alto que el sistema de la era de Yung-cheng fue cuestionado por la realidad misma, pues las facilidades concedidas por razones políticas no fijaban límites de ninguna especie a las presiones sociales. Puesto que los Ch'ing se abstuvieron en general de toda ingerencia en la estructura social china, tampoco estudiaron las relaciones de propiedad sobre la tierra una vez que se hubieron incautado de las extensiones indispensables para las «banderas», en 1685. La propuesta de un inteligente funcionario llamado Ku Tsung no encontró eco. El había sugerido en 1743 que se limitasen las tierras que podía poseer una familia a un máximo de 3.000 *mou*. No iban por mal camino los nuevos señores del imperio al esperar que los antiguos participantes del poder fuesen los más dispuestos a colaborar. Por lo demás, el número de latifundios había aumentado mucho en el Sur, y los disturbios y guerras de 1640-1683 habían favorecido este proceso. En cambio, parece que en el Norte, y debido a las colonizaciones ocurridas desde la época Ming, subsistían aún un número relativamente importante de pequeñas propiedades campesinas, adquiriendo allí la concentración mayor fuerza en el siglo XIX²⁴. En cualquier caso, los desórdenes que se venían produciendo desde el final del período de Ch'ien-lung entre la población rural tenían frecuentemente como objetivo declarado la obtención de arriendos más bajos, y las graves conmociones revolucionarias tenían su punto de partida en las regiones arroceras del Sur. La rapidez con que fueron acaparadas las tierras libres se revela en el aumento del precio que sufrieron. En 1644, un *mou* costaba sólo 2-3 onzas de plata, pero hacia 1736 había que pagar por la misma extensión hasta 20 onzas. Es necesario tener en cuenta también que la superficie disponible para la explotación privada apenas podía ampliarse más (en la segunda mitad del siglo XVIII se la estima en alrededor de ocho millones de *ch'ing*), pues los territorios esteparios conquistados en Asia central no podían emplearse para tales fines. Así es, también, como se observa un aumento, irregular pero incontenible, en los precios de los productos agrícolas. El rápido crecimiento de la población fue el elemento de mayor importancia en el proceso histórico posterior en China. Dado que las causas de este crecimiento no han sido aún dilucida-

das, nos limitaremos a consignar dos datos numéricos: en 1741, China tenía 143.411.559 habitantes, y en 1800 su número ascendía a 295.273.311²⁵.

En el curso del siglo XVIII la riqueza se concentró fundamentalmente en manos de los comerciantes. Una vez conquistada Formosa se abrieron de nuevo los puertos de la costa sudoriental, y ya en 1685 se estableció en Cantón la aduana marítima, funcionando bajo la supervisión de los llamados *boppo* (superintendentes). A partir de 1757 se puede realizar el comercio de ultramar con comerciantes extranjeros. Por el lado chino aún existía otra limitación, consistente en que sólo se admitían a unos pocos comerciantes ricos como socios de los extranjeros (a partir de 1745); finalmente, nueve de ellos obtuvieron en 1760 el monopolio, que recibió el nombre de *Co-hong* («Corporación oficial»). Entre los comerciantes europeos destacaban principalmente los ingleses, representados por la Compañía de las Indias Orientales. Los intereses mercantiles de la Compañía hicieron que en 1793 llegase a China la famosa delegación británica encabezada por el conde George Macartney, que fue asimismo recibida en audiencia por el emperador, pero que volvió a su país sin haber podido obtener compromisos de ninguna especie²⁶.

Naturalmente, el comercio de ultramar aún no podía compararse con el comercio interior. Los impuestos aduaneros aplicados al comercio ultramarino en Cantón rendían anualmente alrededor de 650.000 onzas de plata, pero los del comercio interno ascendían a más de cuatro millones de onzas. En repetidas ocasiones el comercio interior llegó a modificar indirectamente la economía de regiones enteras. Así, a comienzos del siglo XVIII el arroz empezó a escasear en Kuangtung porque, en mayor medida, se cultivaron productos comerciales, como la caña de azúcar, el tabaco, el indigo, y se plantaban cada vez más frutales. Más tarde, y por iniciativa estatal, se redujo el cultivo de tabaco iniciado en muchas provincias (Kansu, Shensi, Ssuch'uan, Hunan, Shantung, Chihli, etc.). Por otro lado, los Ch'ing favorecieron al principio el cultivo del algodón. Los más beneficiados eran los traficantes de sal de Anhui, cuya opulencia se hizo proverbial en la China de entonces. La construcción de numerosos edificios corporativos constituye la expresión visible del prestigio y la opulencia crecientes de la clase de los comerciantes.

VI. El Siglo de Oro de la cultura tradicional

Bajo los monarcas Ch'ing la educación estuvo bajo el signo del neoconfucianismo. Lo que los mongoles no habían intentado siquiera en los siglos XIII y XIV, apropiarse del confucianismo, lo hicieron los manchús con el fervor propio de los conversos. Incluso puede llegarse a decir que el neoconfucianismo fue realmente una creación de la época manchú. En este período se le convirtió en sostén del absolutismo imperial y de los poderes establecidos. Los textos canónicos se convirtieron en objeto de elucubraciones escolásticas desprovistas de valores intrínsecos. La terminología metafísica de la escolástica Sung, que había quedado igualmente vacía de contenido, suministró los conceptos necesarios para ello. Ahora en los exámenes literarios imperaba exclusivamente el «ensayo de ocho secciones» (*pa-ku wen*); no se pretendía que los aspirantes mostrasen ninguna capacidad, ni formal ni de fondo, sino únicamente que manejasen hábilmente las frases incontestables desde hacía muchísimo tiempo y fuesen capaces de escribirlas en forma caligráficamente irreprochable.

Las inteligencias más sobresalientes de los últimos tiempos de la época Ming, como Wang Fu-chih y Huang Tsung-shi, ya se habían vuelto contra esta escolástica petrificada (ver página 260). Asimismo, todas las obras intelectuales verdaderamente significativas de los siglos XVII y XVIII se deben a hombres como ellos, es decir, a hombres que se encontraban al borde mismo de la herejía y que a menudo entraron en conflicto con las autoridades. Así fue como las academias privadas (*shu-yüan*) continuaron siendo no sólo centros del progreso científico y filosófico, sino también de la oposición política. Se constituyeron otros centros de gravitación educativa en los hogares de hombres ricos e independientes que estaban en condiciones de rodearse, entre otros, de aspirantes rechazados en los exámenes (que a menudo no eran los que poseían peores aptitudes). Se formaron entonces una serie de círculos que pueden considerarse como salones literarios, así como un mecenazgo privado digno de consideración. La vida intelectual se tornaba más activa allí donde, existiendo más riqueza, se podía cultivar el ocio y la cultura, es decir, en las comarcas ribereñas del curso inferior del Yangtse, que bajo los Ch'ing fueron las más productivas tanto económica como intelectualmente. La capital, Pekín, en cambio, era un área económicamente deficitaria y espiritualmente expuesta a la paralizante influencia del mecenazgo del emperador, en parte benevolente, en parte dictatorial.

La tendencia fundamental del pensamiento de todas las mentes importantes de los siglos XVII y XVIII fue de un anti-tradicionalismo que, naturalmente, muchas veces sólo podía manifestarse veladamente, con el fin de no llamar la atención de la burocracia, siempre desconfiada, y de la corte imperial. Es significativo que la crítica de las instrucciones y valoraciones tradicionales se presente en forma científica. Naturalmente no fueron las ciencias naturales las que se convirtieron en el instrumento de la oposición frente a estas petrificadas tradiciones; en el terreno de la tecnología y de las ciencias naturales, la China de la época manchú no presenta prácticamente ningún avance propio. En este aspecto, Occidente, cuyos conocimientos fueron transmitidos por los jesuitas, era evidentemente superior, como lo reconocieron incluso los letrados chinos. Se empleaba a los hábiles e ilustrados jesuitas como especialistas técnico-científicos, de manera no muy distinta a como un país en vías de desarrollo se sirve hoy en día de personal técnico extranjero. De esta forma, algunas obras importantes de aquella época, como por ejemplo el «Atlas de los jesuitas»⁷, constituyen el resultado de la colaboración chino-extranjera, en la que, sin embargo, destaca en primer plano la participación de las jesuitas. La ciencia indígena tuvo su expresión más alta en disciplinas como la fonética, la etimología, la crítica literaria e histórica. El punto de partida de los impulsos antitradicionalistas fue la escuela de crítica de textos (*k'ao-cheng hsüeh*), y ella también la que engendró las obras maestras de filología que nutren todavía hoy a la chinología en Oriente y Occidente. De este modo el estudio científico de textos se convirtió en el medio de oponerse a la interpretación escolástica oficialmente prescrita. Puede considerarse a Ku Yen-wu (1613-1682) como precursor de esta corriente. Su *Jih-chih lu* («Apuntes sobre el saber cotidiano») contiene gran cantidad de notas críticas referidas a los clásicos, textos históricos e instituciones; una geografía del imperio concebida según criterios económico-estratégicos nos muestra a un agudo expositor de las relaciones económicas. También la fonética le debe contribuciones fundamentales. Los autores posteriores aplicaron la lupa de la crítica incluso a las partes más fundamentales de la tradición confuciana, sirviéndose de métodos filológicos. Yen Jo-chü (1636-1704) demostró que el *Shu-ching*, libro canónico, era en parte una falsificación de una época mucho más tardía. Hu Wei (1633-1714) desenmascaró el diagrama cosmológico *Ho-shu* y *Lo-t'u*, que desempeña un papel tan importante en la metafísica especulativa del neoconfucianismo,

que datan de comienzos de la época Sung y no, como se pensaba, de tiempos antiquísimos. Tampoco se libró de la crítica textual y de contenido el *Chou-li*, crítica realizada por Wan Ssu-ta (1633-1683), que mostró que, contrariamente a lo que suponía la interpretación tradicional, no se trataba de una «carta constitucional» que datara de comienzos de la época Chou, sino que, a lo sumo, podía haber surgido en las postrimerías de la época Chou. De aquí a poner en duda en general de las consideradas más antiguas tradiciones sólo había un paso. Ts'ui Shu (1740-1816) consideró los datos sobre los sagrados emperadores primitivos como resultado del desarrollo posterior; fue el primero en descubrir que las leyendas sobre los emperadores fueron apareciendo en la literatura poco a poco, resultando que cuanto más tardía era la obra en cuestión, tanto más antiguos los emperadores que en ella se mencionan, descubrimiento éste que se desarrolló lógicamente en los resultados de las investigaciones modernas de Maspero y Haloun (cfr. *supra*, pág. 11). Debe incluirse también en el número —nada pequeño; por cierto— de estos iconoclastas a Tai Chen (1724-1777); sabio universal que destacó como astrónomo, matemático, filósofo y geógrafo. Uno de los talentos más originales del siglo XVIII fue, indiscutiblemente, Chang Hsüeh-ch'eng (1738-1801)²⁸. Chang sólo obtuvo un éxito relativo en su carrera de funcionario, y tampoco su actividad como escritor logró alcanzar el éxito. En el aspecto metodológico introdujo innovaciones radicales; fue el primero, por ejemplo, de los chinos que en sus obras abandonaron la clasificación esquemática por dinastías. Redactó una bibliografía desde el punto de vista de la historia de las ideas; se ocupó también en sus obras de la idea del desarrollo progresivo. Advirtió a la escuela de crítica de textos que corría el riesgo de extrañarse en nimiedades filológicas. Para él, la filología era tan sólo una herramienta al servicio de una reflexión más profunda sobre temas históricos.

La inmensa cantidad de textos chinos precisaba de una elaboración y ordenamiento bibliográficos. En la época Ch'ing muchas personas privadas y funcionarios poseían vastas bibliotecas, y la bibliofilia experimentó un período de florecimiento; se publicaron entonces numerosas recopilaciones (*ts'ung-shu*), que descubrieron muchas obras raras o que se daban por perdidas. Son también de importancia las compilaciones epigráficas, que reproducían inscripciones en piedra, haciendo así accesibles fuentes históricas de primera mano. La tendencia recopilatoria y enciclopédica de la época es inconfundible; ella constituía la base de la investigación filológico-

histórica individual. Naturalmente las iniciativas más grandes de este género no fueron concretadas por individuos aislados, sino que se deben a esfuerzos realizados en equipo y organizados por las autoridades. Verdaderas multitudes de letrados trabajaban al servicio del emperador en la confección de grandes obras, como la gigantesca enciclopedia *T'u-shu chi-ch'eng*, un tesoro del saber, de 10.000 capítulos, ordenados por temas (1725). Durante el reinado de K'ang-hsi se elaboraron también el diccionario de signos (*K'ang-hsi tzu-tien*) y la «concordancia binomial», ordenada por rimas (*P'ei-wen yü-n-fu*). El emperador Ch'ien-lung intentó superar todavía a sus antecesores. Se complacía en desempeñar el papel de mecenas, y se ejercitó incansablemente como poeta y calígrafo, si bien favoreció un extenuado academicismo en las artes. Durante su reinado se llevó a cabo un inventario exhaustivo de la literatura, aunque excluyendo la parte redactada en lenguaje corriente y los textos religiosos del budismo y del taoísmo. Se incluyeron no sólo las obras existentes en la biblioteca imperial—donde se encontraba todavía un ejemplar manuscrito de la enciclopedia *Yung-lo ta-tien*—, sino también libros existentes en las bibliotecas de las autoridades provinciales y en bibliotecas privadas. Muchos bibliófilos consideraron honroso entregar a la corte obras raras de su propiedad para ser incorporadas a la biblioteca imperial. Esta empresa, llevada a cabo desde 1773 hasta 1782, fue dirigida por Chi Yün (1724-1805), sabio distinguido y funcionario eficaz que, pese a la posición oficial elevada que ocupaba, gustaba de satirizar en privado los rasgos estériles de la erudición contemporánea. La bibliografía resultante en definitiva comprendía más de 10.000 obras distintas, de las que aproximadamente 3.400 fueron entregadas al emperador en copias nuevas; en lo referente a las restantes, se adaptaron las notas bibliográficas. El título de la obra es *Ssu-k'u ch'üan-shu* («Textos reunidos de los cuatro géneros literarios»). Consta de 200 capítulos, y sigue siendo actualmente la obra de consulta indispensable para la bibliografía chinológica. Naturalmente esta empresa bibliográfica no tenía únicamente objetivos de erudición. Paralelamente a ella se desenvolvía una inquisición literaria dirigida contra la literatura que los manchús estimaban peligrosa, es decir, aquella leal a los Ming, así como también todas aquellas obras que revelaban ideas heterodoxas²⁹. Se celebraron una serie de procesos que hicieron ver hasta qué punto el absolutismo del emperador, unido a una rígida ortodoxia de cuño neoconfuciano, intentaba imponer el conformismo valiéndose de métodos policíacos.

Al excluir la literatura escrita en lenguaje corriente, la biblioteca imperial se privó de algunas de las obras maestras más grandes de la literatura. Un anticonformista como Chin Jen-jui (Chin Sheng-t'an), ajusticiado en 1661, que no vaciló en comparar la novela *Shui-hu chuan* (conocida en alemán bajo el título «Los bandidos de la laguna Liang Schan»), y la pieza teatral *Hsi-hsiang chi* («Historia del pabellón occidental») con los textos de Ch'ü Yüan, Chuang-tzu, Tu Fu y Ssu-ma Ch'ien, indica que también continuó desarrollándose la crítica literaria. En el siglo XVIII se continuó dignamente la gran tradición de las novelas Ming.

El *Hung-lou meng* («Ensueño del aposento rojo») es una historia familiar basada en experiencias personales, una especie de Buddenbrook chino, que se distingue igualmente por la descripción realista de detalles y por la profundización psicológica. Es completamente distinto el *Ju-lin wai-shih* («Historia extraoficial de los sabios confucianos») de Wu Ching-tzu (1701-1754); sátira mordaz, que hace pensar en Swift en muchas ocasiones, aplicada a tipos de sabios apartados del mundo real e incapaces. Es también la insatisfacción frente a muchos aspectos de la sociedad contemporánea el móvil subyacente al *Ching-hua yüan* («Unión del espejo con la flor»); de Li Ju-chen (1763-1828?). Esta novela, bajo un ropaje legendario, tiene el carácter de una crítica social y constituye una toma de posición; principalmente, contra los múltiples prejuicios que afectaban a la mujer en la sociedad china. Entre los autores dramáticos de la época Ch'ing debe destacarse el nombre de Li Yü (1611-1680?), quien deambuló personalmente con un grupo teatral a través del país durante cierto tiempo; y escribió, además de obras dramáticas, relatos y disertaciones ligeras sobre cuestiones de la vida cotidiana. Yüan Mei (1716-1798) se le asemeja en muchos aspectos²⁰. Yüan, hombre de humor decidido y alegre, demostró tener una personalidad amablemente anticonformista tanto en su vida como en sus escritos, y se hizo sospechoso para los moralistas confucianos porque, esforzándose por hacer partícipes también a las mujeres de una cultura superior, reunía a su alrededor una cantidad de damas jóvenes, componiendo versos con ellas. Yüan Mei era versado en los géneros poéticos tradicionales, y dedicó su ingenio y encanto incluso a formas prosódicas gastadas. Su *Tzu-pu yü* («Cosas de las que el Maestro Confucio no habló») demuestra cómo aún tenían vigencia los relatos y anécdotas en lengua culta. También P'u Sung-ling (1640-1715) había alcanzado renombre con sus relatos; sus «Historias singulares del taller "Refugio"» (*Liao-chai chih-i*),

con sus cuentos de espíritus, prodigios y amor, se cuentan entre las obras que han sido más profusamente traducidas de la literatura china²¹. Alcanzaron menos difusión sus poesías, compuestas en el habla popular de su provincia natal, Shantung.

Las artes plásticas no fueron en absoluto decadentes durante la dinastía Ch'ing, como ha pretendido el snobismo occidental y, en parte también, el japonés hasta hace pocos decenios, pues para ellos nada existe que haya superado el estilo Sung. También en materia de pintura las máximas realizaciones se deben quizá a los anticonformistas y excéntricos, particularmente a los geniales sacerdotes-pintores de fines del siglo XVII, Pa-ta shan-jen, Shih-t'ao y Shih-ch'i. Sus cuadros, esbozados con espontaneidad, son mucho más decisivos en cuanto al genio pictórico de los chinos que los esmerados trabajos académicos realizados por encargo de personas integrantes de la corte imperial. También la «pintura literaria» fue capaz de realizar a fines del siglo XVIII obras impresionantes, al dar un nuevo impulso a la corriente estilística desarrollada en la última parte de la época Yüan. La artesanía de la época Ch'ing produjo principalmente porcelanas de increíble perfección técnica, aunque no siempre artística; las porcelanas azules y blancas de los tiempos de K'ang-hsi se exportaron incluso a Europa en cargamentos que ocupaban buques enteros, y no sólo estimularon la reelaboración de la porcelana por Böttger, sino que también influyeron estilísticamente sobre la cerámica de Delft.

Si nos esforzamos por caracterizar la cultura china de la época manchú antes de la penetración del imperialismo occidental, observamos que no puede hablarse en absoluto de rigidez y esterilidad. Las realizaciones orientadas sobre todo a la preservación y recopilación que tuvieron lugar en la esfera de influencia del absolutismo cortesano, se ven confrontadas con una actividad creadora de diversidad y diferenciación descomunales, en una sociedad que se sabía heredera de una tradición antigua y rica, pero que ya había empezado a poner en duda el valor de esta tradición. Sin embargo, quedó confuso e indeterminado el camino que en el futuro había de tomarse. La variada crítica de lo establecido no ayudó a bosquejar un cambio absoluto de rumbo; el pensamiento chino resultó más fuerte y convincente en el diagnóstico que en la terapia de una sociedad que comenzaba a presentar síntomas de enfermedad²².

10. La irrupción de Occidente y la decadencia del imperio: La China humillada (siglo XIX)

I. La primera guerra del opio

Los dos emperadores que gobernaron durante la primera mitad del siglo XIX fueron monarcas hábiles y astutos, y además dotados de bastantes rasgos simpáticos en su personalidad; y si el imperio se derrumbó, ello no se debió a los errores y debilidades de Yung-yen (1760-1820); gobernó desde 1796 hasta 1820 bajo la divisa Chia-ch'ing) y Ming-ning (1782-1850; gobernó desde 1821 hasta 1850 bajo la divisa Tao-kuang). Entre 1802 y 1834 la población aumentó en cien millones de habitantes, alcanzando la cifra de 401.008.574, pero la productividad de la economía, que seguía siendo predominantemente agraria, no pudo elevarse en la misma proporción, ni mucho menos. El colonialismo chino, aunque originariamente respondía a intereses y concepciones propios de una política imperialista, adquirió también, por esta razón, crecientes perfiles económicos. El levantamiento del pueblo no chino de los Miao, que tuvo lugar en 1795-96 en el territorio fronterizo de Kueichou, Ssuch'uan y Hunan, tenía por causas profundas la colonización del país habitado por los Miao, y su incorporación estricta al ámbito de la administración china. En Kansu, y especialmente en Turquestán, donde hubo que reprimir una rebelión mahometana, en 1826-1828, la situación se encontraba abocada, por razones políticas y religiosas, a desembocar en disturbios; desde el aniquilamiento de los zungaros se habían transformado en el elemento allí predominante los llamados *tung-kan* (en parte, uigures asimilados a la cultura china, adeptos al Islam), agregándose luego a ellos inmigrantes chinos y las tropas de guarnición, compuestas de manchús, mongoles y chinos —estos últimos, en muchos casos, presos—; pero también se dice que Lin Tse-hsü (ver más abajo) puso en cultivo más de 37.000 *ch'ing* de tierras en Turquestán y Sinkiang cuando fue desterrado allí en 1842. Puesto que las fuentes referentes a estos territorios son muy fragmentarias, tendremos que limitarnos a la suposición de que la habilitación de tierras de cultivo habría comenzado ya anteriormente. Ta-

les conflictos en los territorios coloniales seguramente pasarían por ser acontecimientos poco menos que normales, pero los levantamientos que ocurrían en el interior del país denotaban antagonismos más serios. Alrededor de 1775, la secta secreta religiosa del «Loto Blanco» (*pai-lien chiao*) —cobró nuevo auge bajo la dirección de cierto Liu Sung. Su ámbito de acción se extendió pronto a las provincias de Honan, Ssuch'uan, Shensi, Kansu y Hupei, de tal modo que el gobierno se vio obligado a adoptar medidas destinadas a contrarrestarla; y estas medidas culminaron en verdaderas campañas bélicas a partir de 1795. No es posible establecer la influencia de esta secta en el pueblo. En todo caso, parece que el alzamiento adquirió extensión y virulencia considerable sólo en el curso de las luchas y favorecido por las condiciones lamentables que ellas provocaban. Ello en razón de que las campañas lanzadas por el gobierno fueron prolongadas arbitrariamente por Ho-shen y su camarilla, para poder aprovecharlas en la consecución de objetivos egoístas. Es probable que sólo las crueles presiones a las que también se vio expuesta la población, inocente y ajena al enfrentamiento inicial, hayan empujado a muchos al campo de los rebeldes y hayan hecho surgir la consigna «los funcionarios fuerzan al pueblo a rebelarse». Posteriormente, desde la eliminación de Ho-shen (1799), el gobierno impulsó energicamente las acciones represivas, y en 1803 había sofocado la sublevación.

Pero el asunto Ho-shen no había sido un simple «caso», sino más bien un síntoma, como una llaga abierta en el cuerpo de una sociedad cuya burocracia o, para atenernos a la figura que acabamos de efectuar, cuyo sistema nervioso central estaba enfermo. Es por ello que las enormes riquezas que adquirió Ho-shen no resultan tan significativas como las propiedades (unos 10 predios entre ellas) reunidas por el íntegro y santo Lin Tse-hsü. El sistema, legalizado por el emperador Yung-chen, de la recaudación de impuestos sobretasados, que se solía llamar también *yang-lien* («mantenimiento de la incorruptibilidad») —expresión ésta que se convirtió progresivamente en un mero eufemismo—, se transformó necesariamente en algo absolutamente contrario de lo previsto inicialmente, en cuanto dejó de ejercerse un control estricto de su aplicación. Chang Chung-li² extrajo de las fuentes algunos elementos que componen una síntesis para el año 1880: la suma total de las pagas «regulares» de los oficiales del ejército y funcionarios militares ascendió ese año a 575.558 onzas de plata; y las de los funcionarios académicos civiles en las provincias, a 557.195 onzas, pero los emolumentos de ambos

grupos según el sistema *yang-lien* alcanzó la cifra de 4.282.056 onzas. Estos datos, naturalmente, no incluyen el dinero obtenido de la población mediante soborno y extorsión. La burocracia también obtenía ingresos de las fincas y de las empresas mercantiles. Dos factores concurren además a fortalecer el poder de los propietarios en las provincias: por un lado la comprensible política del gobierno Ch'ing, que pretendía mantener lo más pequeña posible la élite burocrática china, debido a la relación numérica, tan desfavorable entre la clase dominante manchú y el pueblo chino, y por otro lado, sus esfuerzos por equilibrar las distintas clases dirigentes, lo cual se tradujo en una separación cada vez mayor entre la burocracia central y local. De este modo, Estado y sociedad fueron entrando paulatinamente en contradicción, lo cual, unido a las crecientes dificultades económicas, tuvo que favorecer el nacimiento de la conciencia nacional china.

Quizá la precaria situación económica hubiera podido mejorarse algo mediante un comercio exterior sabiamente guiado e intensificado. Pero tampoco en este caso logró el gobierno Ch'ing zafarse de las cadenas de la tradición, cuyo ideal en materia de política económica implicaba la autarquía del imperio. La carta dirigida al rey Jorge III, que Ch'ien-lung entregaba a Macartney en 1793, expresaba que el imperio (chino) producía de todo en abundancia y no confiaba nunca en las mercancías de los «bárbaros» para la satisfacción de sus necesidades.

Por entonces los ingleses habían alcanzado ya una posición absolutamente dominante entre las potencias occidentales que practicaban el comercio con China. Pero fracasaron todos sus intentos de acrecentar el mercado chino para sus productos industriales, así como de lograr reducciones de tasas aduaneras reguladas por un pacto. Igual fracaso sufrió una nueva delegación enviada en 1816, encabezada por William Pitt, conde de Amherst. La Compañía de las Indias Orientales, que detentaba el monopolio del comercio inglés con China, tenía establecida su organización en Cantón desde 1786. Exportaba a China predominantemente estaño, plomo, telas de lana (de Yorkshire) y telas de algodón, importando de allí principalmente té (23.000.000 libras en el año 1800, por un valor de 3.665.000 libras esterlinas). En tales condiciones, la balanza comercial china conservaba un saldo activo y la plata afluía al país en cantidades considerables. Esta situación se modificó fundamentalmente cuando la Compañía de las Indias Orientales, que estaba establecida en Bengala desde mediados del siglo XVIII (en 1757, primeros derechos territoriales; en 1765,

administración civil en toda la baja Bengala y Bihar); comenzó a ampliar enormemente sus exportaciones de opio a China. El opio se conocía en China desde la época T'ang, dándosele un uso medicinal. Junto al consumo de tabaco se hizo habitual también fumar opio, y en 1729 Yung-cheng ya había dictado un edicto contrario a ello. En aquel tiempo se introducían anualmente unas 200 cajas, pero de 1780 a 1810 el número aumentó a 4.000-5.000 cajas por año (cada caja contenía alrededor de 65 kilos). En 1796, 1814 y 1815 se publicaron severos decretos contra el tráfico de opio, que, sin embargo, continuó floreciendo a partir de entonces, poco menos que sin dificultades, por la vía del contrabando, pues muchos funcionarios se beneficiaban encubiertamente con ello. La Compañía de las Indias Orientales liberó, a partir de 1816, el tráfico de opio, adquiriendo éste, de esta forma, nuevo impulso. En 1834 se importaron aproximadamente 22.000 cajas, en 1838 más de 40.000. El punto crítico se sitúa alrededor del año 1825: la balanza comercial china se tornó súbitamente negativa, y en adelante esta situación se fue acentuando sin ningún freno. En el segundo decenio del siglo XIX aún entraron en China casi 10 millones de onzas de plata, pero salió casi la misma suma sólo entre 1831 y 1833¹. El precio de la plata constituye un buen barómetro de este proceso: en 1779, una onza de plata equivalía en Pekín a 880 monedas de bronce; en 1822, la equivalencia se situaba entre 2.000 y 3.000 monedas de bronce.

Aunque las consecuencias que tuvo el consumo de opio en la salud del pueblo fueron bastante graves, han sido, de todas formas, exageradas con considerable frecuencia. Se estima que en el año 1835 existían aproximadamente dos millones de fumadores de opio. Pero fueron sencillamente devastadores los efectos ejercidos por el contrabando de opio sobre la burocracia, que cuanto más ganaba en este negocio, tanto más irresistiblemente se corrompía. En la corte no se llegaba a un acuerdo sobre la política a seguir frente a este problema. Había tres corrientes: una que quería legalizar el tráfico del opio; otra que abogaba por una prohibición estricta y general, y, por fin, una tercera que propugnaba el mantenimiento de la situación existente, es decir, la prohibición oficial junto con una aplicación laxa de tal prohibición. La concepción del primer grupo alcanzó su mejor expresión en un memorándum elevado en 1836 por cierto Hsü Nai-chi, en el cual se recomendaba particularmente instaurar un comercio basado en el intercambio —que se legalizaría— y que al mismo tiempo detendría la salida de plata. Esta proposición no fue aceptada,

principalmente por la influencia ejercida por el segundo grupo: Este tenía por interlocutor a Lin Tse-hsü (1785-1850), que fue llamado a Pekín en 1838, y en 19 audiencias logró ganarse, en principio, la voluntad del emperador. A continuación, Lin fue enviado a Cantón, llegando en 1839 con carácter de comisario imperial con poderes especiales. Su rival allí era el encargado de negocios inglés Charles Elliot. Lin le forzó a entregarle el opio almacenado en las factorías, 19.179 cajas y 2.119 sacos, y lo mandó destruir. Además, Elliot y todos los británicos tuvieron que abandonar Cantón en mayo de 1839. La situación se vio agravada por un incidente en el que resultó herido un chino y por la expulsión de los residentes ingleses de Macao; los primeros disparos se produjeron pocos meses más tarde. No es necesario describir detalladamente las operaciones bélicas que se desplegaron posteriormente. Estas se efectuaron al comienzo en la desembocadura del río de la Perla, y en 1840 los ingleses las desplazaron hacia las costas de Chekiang, donde ocuparon Ting-hai (en las islas Chou-shan). Después de una demostración naval realizada por los británicos en el puerto de Tientsin, se iniciaron negociaciones en las que el consejero de Estado manchú Ch'i-shan no quiso allanarse sin más a la exigencia de que fuese cedida Hongkong. Los ingleses, que buscaban una victoria neta, atacaron en 1841 varios fuertes situados sobre la desembocadura del río de la Perla y tomaron Amoy, Ning-po y nuevamente Ting-hai, que entretanto habían evacuado de nuevo. Desde allí amenazaban Hang-chou, y remontaron el Yangtse con sus naves. Cuando, en agosto de 1842, pasaron ante Nanking con 80 buques al mando de Henry Pottinger, I-li-pu (Elipoo) transmitió, en nombre del emperador Tao-kuang, la propuesta de celebrar conversaciones de paz, lo que equivalía a una capitulación.

Aun teniendo en cuenta lo mal armadas que estaban las tropas chino-manchús, los ingleses, con su pequeño ejército, no hubiesen podido alcanzar éxito alguno de no ser por la disposición a capitular que mostraban influyentes círculos de la corte. Había terminado por imponerse el tercero de los grupos antes mencionados, dentro del cual pesaban decisivamente los altos funcionarios manchús Mu-chang-a (1782 a 1856) y Ch'i-ying (m. 1858). Las consecuencias de la derrota fueron muy graves: China tuvo que ceder Hongkong a Inglaterra, pagar indemnizaciones de guerra por un valor de 21 millones de dólares de plata, abrir en Fu-chou, Amoy, Shanghai y Ning-po cuatro nuevos puertos al comercio exterior, garantizar la aplicación de tasas de aduana fijas y abolir el monopolio de los

Co-hong. El tratado suplementario de Hu-men aseguró en 1843 a los ingleses la cláusula de la nación más favorecida; según la cual los privilegios otorgados a otro Estado corresponderían automáticamente también a Inglaterra, junto con la jurisdicción consular y algunos otros derechos de extraterritorialidad. Se trata del primero de los tratados designados posteriormente por los chinos como «desiguales» por haberles sido impuestos por la fuerza; a éste pronto le siguieron otros tratados del mismo tipo.

II.—La guerra civil más grande del siglo: los T'ai-p'ing.

Carlos Marx escribió el 14 de junio de 1853, en el *New York Daily Tribune*, que los ingleses, con el retumbar de sus cañones en la guerra del opio, habían dado a la vez la señal del estallido de la revolución de los T'ai-p'ing. Esta apreciación sólo es correcta en el sentido de que el golpe—en el fondo débil—que Gran Bretaña había podido dar al imperio chino había bastado para descubrir la fragilidad interna de éste y hacerla consciente; en cierta medida, para el pueblo chino. Fue la debilidad, tan bruscamente desvelada, de la monarquía manchú, aparentemente tan poderosa, lo que infundió ánimo a las diversas fuerzas opositoras. Ante todo comenzó a relajarse la alianza existente entre la clase superior manchú y la china. Algunos componentes de la burocracia china, que desde hacía ya tiempo venían buscando poner veto al absolutismo, ampliaron ahora aún más los poderes de los órganos locales. A la desintegración que se iniciaba así dentro de la burocracia se agregó la que tenía lugar a un nivel nacional.

A través de las tropas de la milicia ciudadana que habían formado, entre otros, Lin Tse-hsü (no estaba prohibido poseer armas blancas, cortantes o punzantes), el pueblo había conseguido algunas armas. Las sociedades secretas desarrollaron notoriamente más actividad en los años que siguieron a la guerra del opio. En las provincias de Honan, Anhui y Shantung, la Liga Nien⁵ tuvo una gran actividad. Ya en 1813 los rebeldes de la secta «Orden celeste» (*t'ien-li chiao*) habían emprendido allí un levantamiento. La más grande de estas organizaciones era la «Sociedad trinitaria» (*san-ho hui*), también llamada «Sociedad del Cielo y de la Tierra» (*t'ien-ti hui*), que estaba ampliamente ramificada en China meridional y tenía numerosas organizaciones secundarias. No hacía falta sino un dirigente carismático, o simplemente un iluminado, para que

los fuegos de los numerosos y pequeños focos de desorden se uniesen formando una enorme llama. Este papel le cupo a Hung Hsiu-ch'üan (1813-1864), aspirante fracasado en los exámenes, procedente de una familia pobre Hakka⁴, de Kuang-tung. Después de suspender en los exámenes enfermó, viéndose afectado por visiones cuyas imágenes estaban inspiradas en tratados cristianos que había leído. Por otra parte, es perfectamente posible que padeciese una enfermedad mental, o al menos ciertos rasgos psicopáticos. En 1847 pasó un breve período con el misionero norteamericano Roberts, en Cantón; luego comenzó a predicar en Kuangsi y fundó finalmente la «Sociedad de los adoradores de Dios» (*pai Shang-ti hui*), que atrajo a miembros de otras asociaciones secretas. En dos o tres años esta sociedad se convirtió en un grupo de 30.000 prosélitos, según algunas estimaciones: campesinos, mineros y también piratas y desertores. Entre ellos abundaban particularmente los miembros de los pueblos Hakka, Miao y Yao. De este modo, el movimiento constituía un peculiar conglomerado de elementos antimanchús, religiosos y socialmente revolucionarios.

En 1850 estalló en Kuangsi un levantamiento que se extendió con una rapidez extraordinaria, de modo que al año siguiente ya dio lugar a la fundación de un estado propio: el «reino celeste de la paz universal» (*T'ai-p'ing tien-kuo*), siendo exaltado Hung al rango de «rey celeste» de aquél (*T'ien-wang*). Fueron nombrados, subordinados a él, cinco «reyes» (*wang*), entre los cuales el ex carbonero Yang Hsiu-ch'ing (alrededor de 1817-1856) se convirtió en genial organizador y estratega, y Shih Ta-k'ai resultó igualmente hábil en cuestiones militares. Resulta interesante que en lo concerniente a la estructura de la administración los T'ai-p'ing adoptaran muchas cosas del *Chou-li*, es decir, del clásico que ya anteriormente sirviera en diversas ocasiones de guía a reformadores y revolucionarios, como por ejemplo a Wang Mang. El estado T'ai-p'ing era de carácter teocrático; los ideales cristianos⁵, taoístas y budistas de igualdad impusieron su sello a la ideología adoptada por él. La fusión de ideas políticas, militares y sociales en una concepción unitaria era plenamente china. Veinticinco familias componían cada una de las unidades inferiores, que se agrupaban en otras mayores. A su vez, 13.156 familias formaban un ejército. La propiedad privada quedaba abolida, y sólo había cajas y graneros comunes. La tierra fue distribuida para su cultivo y usufructo, pero no otorgada en propiedad. En los casos en que se mantuvieron los impuestos, éstos fueron muy bajos. Hombres y mujeres se

encontraban colocados en pie de igualdad con respecto a todos los asuntos importantes; se podían conferir cargos a las mujeres y éstas también servían como soldados. Se prohibió la práctica de la deformación de los pies. Imperaba la libre elección del cónyuge; se prohibió estrictamente el consumo de opio, tabaco y alcohol. Se introdujo un nuevo calendario con la semana de siete días (los domingos se celebraban servicios religiosos) y se intentaron incluso reformas lingüísticas y literarias.

El programa, indudablemente, era demasiado revolucionario para que el movimiento pudiese alcanzar éxito; la abolición de la propiedad sobre la tierra, principalmente, hizo que los pequeños y medianos propietarios se pasaran a las líneas enemigas. Por otra parte el puritanismo religioso, que se descargaba en parte en actos de iconoclasia, hería los sentimientos de muchos que quizá hubiesen simpatizado con los T'ai-p'ing; y el nacionalismo de los revolucionarios contribuyó a que los extranjeros, a quienes no se reconocía por ejemplo ningún tipo de extraterritorialidad, se apartasen de ellos. Fue también importante que la élite dirigente no estuviera a la altura de su programa: mientras prescribían al pueblo la monogamia, ellos mismos vivían con varias mujeres; pero la causa de su ruina fue sin duda que en su reino estallara la discordia. Antes de entrar en los detalles de este asunto tenemos que considerar las operaciones militares.

En 1852-53 los T'ai-p'ing marcharon por Hunan; y desde allí avanzaron hacia el Este a lo largo del Yangtse, tomando Nanking en 1853 después de un breve sitio, y convirtiendo esta ciudad en capital de su estado. Debe considerarse como un grave error estratégico el que los T'ai-p'ing no se apoderasen también de Shanghai, donde en septiembre del mismo año la «Sociedad de la Pequeña Espada» (*hsiao-tao hui*) había tomado el poder, reteniéndolo hasta comienzos de 1855. Los T'ai-p'ing descuidaron también los avituallamientos necesarios para contar en el interior de su territorio con reservas organizadas. Además se vieron perjudicados por carecer de caballería. Un ejército enviado al Norte con 50.000 hombres logró llegar a la comarca situada al sur de Tientsin, pero al no poder atacar por sorpresa se vio obligado a abandonar su empresa.

Prácticamente la fase ofensiva del levantamiento concluyó con la toma de Nanking. Hay que estimar que los prosélitos activos de los T'ai-p'ing sumaban entonces no menos de un millón. El territorio controlado por los T'ai-p'ing incluía la mayor parte de China meridional y sudoriental. Aunque entre

1853 y 1856 obtuvieron aún más victorias, el movimiento en su conjunto ya comenzaba a estancarse. Esto es en parte atribuible también, sin duda, a que los T'ai-p'ing no desplegaron ningún esfuerzo serio por unirse firmemente a otros rebeldes, como la Liga Nien. Al comienzo, el gobierno de los manchús se encontraba poco menos que impotente e indefenso frente a los acontecimientos, y se mostraba incapaz de organizar la resistencia. Fueron los mejores representantes de la burocracia china los que finalmente cambiaron el curso de los acontecimientos; descollando entre todos ellos Tseng Kuo-fan (1811-1872). En 1852 comenzó a armar en Hunan una milicia, que fue llamada, por el lugar de origen de Tseng, el ejército de Hsiang: (*Hsiang-chün*). Antes de enfrentar este ejército al de T'ai-p'ing, le hizo adquirir experiencia, enfrentándolo a tropas menores. Aunque sufrió muchos reveses, no por ello cesó en sus esfuerzos. Dispuso también la construcción de una flota para poder operar sobre el Yangtsé. El apoyo más importante lo encontró Tseng en la clase superior china. Esta atendió a la financiación de sus tropas, entre otros recursos, mediante la implantación del tributo likin, que se recaudaba localmente del comercio de mercancías en tránsito (no se exigía de los comerciantes extranjeros), así como mediante la introducción del papel moneda. Tseng Kuo-fan y su discípulo Li Hung-chang (1823-1901), que se unió a él en 1858 y formó el ejército de Huai (*Huai-chün*)⁴, estaban íntimamente convencidos del espíritu confuciano, hasta puede decirse que con ellos el confucianismo alcanzó su último gran triunfo. En la parte contraria se difundían cada vez más el favoritismo y el nepotismo, y la dirección de los T'ai-p'ing degeneró paulatinamente en una vida regalada. Su desunión condujo a la catástrofe precisamente en el momento en que el gobierno Ch'ing caía en nuevas dificultades a raíz de la segunda guerra del opio (ver págs. 312 y ss.). Yang Hsiu-ch'ing infligió una grave derrota a las tropas gubernamentales cerca de Nanking, en 1856, a raíz de lo cual aspiró a la posición de «rey celeste». Wei Ch'ang-hui, envidioso de él y, por lo demás, hombre ilustrado, lo asesinó con ayuda de Shih Ta-k'ai y sus soldados, llegando al punto de aniquilar a toda la familia de Yang y a sus acólitos, varios miles de personas en total. A partir de entonces, los T'ai-p'ing se vieron forzados a mantenerse a la defensiva, tanto más cuanto que las potencias occidentales se pusieron abiertamente de parte del gobierno, al haber visto con claridad que de él podían lograr mayores concesiones. Frederick Townsend Ward formó en Shanghai una hueste china dirigida por oficiales ingleses y franceses, e

«Ever Victorious Army», oficialmente a las órdenes de Li Hung-chang y del que Charles George Gordon (1833-1885) llegó a ser el jefe más conocido. Cuando Tso Tsung-t'ang recuperó Hang-chou en 1864, luchó a su lado un pequeño contingente francés cuya superioridad en armas de fuego resultó muy eficaz. En este mismo año se inició el sitio de Nanking y la ciudad cayó poco después, tras el suicidio de Hung Hsiu-ch'uan. Esto significaba a la vez el fin del levantamiento de los T'ai-p'ing, aunque la represión de los últimos grupos dispersos se prolongó aún hasta 1866.

La guerra civil tuvo consecuencias notables. Sus víctimas sumaban millones. Fueron incontables los destrozos, especialmente en las provincias de Kuangtung, Kiangsu y Anhui (muchos templos, pagodas, etc., fueron reconstruidos al cabo de decenios); la economía sufrió graves daños. Al mismo tiempo, el levantamiento de los T'ai-p'ing contribuyó a desatar las rebeliones de los Miao y de los mahometanos (ver capítulo III). Una vez más se vio afianzada la alianza entre los manchús y la clase superior china, si bien la posición de la aristocracia manchú se vio fuertemente conmovida. De los disturbios el verdadero vencedor fue la burocracia confuciana, aunque a largo plazo, y desde el punto de vista del desarrollo general de China, se trató de una victoria pírrica. Por último, Tseng Kuo-fan y Li Hung-chang crearon el modelo de lo que serían más tarde los «warlords»: sus ejércitos se habían formado fundamentalmente sobre una base regional, y la constitución de estos ejércitos había acarreado por fuerza la creación de autoridades independientes, igualmente regionales.

III. La restauración en la era T'ung-chih

El concepto de restauración (*chung-hsing*) constituye un componente típico de la teoría cíclica de la historia que sustenta la historiografía china tradicional. Designa el «florecimiento central», el nuevo afianzamiento de una dinastía después de un período de primera decadencia. Contrariamente a períodos anteriores así calificados, que estuvieron siempre identificados con las personalidades de grandes monarcas, la restauración T'ung-chih ocurrió durante el reinado de un emperador niño, Tsai-ch'un, nacido en 1856, quien gobernó desde 1862 hasta 1874 bajo la divisa T'ung-chih. A comienzos de los años sesenta la situación del imperio seguía siendo claramente desesperada. Sólo alrededor de 1866 quedaron definitivamente aniquilados los restos de los T'ai-p'ing. Pero en

Honan y Anhui, la Liga Nien, que a partir de 1856 había mantenido lazos con los T'ai-p'ing, experimentó un nuevo auge bajo la conducción de Chang Tsung-yü, contribuyendo a ello, en gran medida, la incorporación de dirigentes y fieles de los T'ai-p'ing a partir de 1864. Las tropas de la Liga Nien tenían gran movilidad, siendo tanto en esto como en algunos otros métodos tácticos semejantes a las guerrillas modernas. Se retiraron hacia Shantung, Chihli y el Kiangsu septentrional y obtuvieron varias victorias sobre las tropas gubernamentales, hasta ser aniquiladas en 1868 por los ejércitos de Tseng Kuo-fan y Li Hung-chang. Hubo durante este tiempo otras rebeliones secundarias, como la de los Miao en Kueichou (1854-1872) y los movimientos rebeldes de los mahometanos, especialmente violentos en Yünnan (1855-1873); en Shensi y Kansu (1862-1878); así como en Turquestán (1866-1877) bajo Yakub Bey (circa 1820-1877), reprimidos por Tso Tsung-t'ang (1812 a 1885)¹⁰. El número de bajas que se suele indicar con respecto a estos acontecimientos alcanza millones, como en el caso del levantamiento de los T'ai-p'ing. Aunque los datos respectivos son muy imprecisos, podemos hacernos una idea bastante exacta de los esfuerzos que tuvo que encarar Tso Tsung-t'ang, a través de los empréstitos contraídos con bancos extranjeros de Hongkong y Shanghai para financiar sus campañas en 1874-75 (tres millones de onzas de plata que habían de devolverse en tres años, con un interés anual del 10,5 por 100)¹¹. Tso Tsung-t'ang había obligado ya anteriormente a comerciantes chinos a concederle un préstamo de 1.200.000 onzas.

Bajo la presión de esta situación todavía inestable algunos políticos importantes comenzaron a diferenciar sus posiciones frente a las potencias occidentales. En la corte, el sexto hijo del emperador Tao-kuang, I-hsin (1833-1898), más conocido por su título de Príncipe Kung, asumió el papel de fuerza impulsora de una política de conciliación y de concesiones. Por sugerencia suya se fundó en 1861 la «Oficina principal para la administración de los asuntos exteriores» (*tsung-li ko-kuo shih-wu ya-men*, generalmente designada por su abreviatura, *tsung-li ya-men*)¹², en cuya dirección contribuyó de forma decisiva. Se otorgaron a los correspondientes gobernadores generales poderes especiales adicionales para la reglamentación de los problemas del comercio exterior en los puertos habilitados. En todo caso, es significativo que un hombre como Li Hung-chang gozara de las mejores relaciones con las potencias extranjeras. Al mismo tiempo, las diferencias entre los manchús y la clase superior china habían sido

en gran parte suprimidas (funcionarios manchús habían abogado porque se otorgasen las más amplias atribuciones a Tseng Kuo-fan, Li Hung-chang y Tso Tsung-t'ang; ya apenas se empleaba la lengua manchú; también se había abierto a los chinos, gradualmente, la provincia de Kirin); además, la burocracia confuciana ya no cedió la posición que había alcanzado durante el levantamiento de los T'ai-p'ing. Para ella la victoria en la guerra civil entrañaba, al mismo tiempo, la victoria de los valores e ideas tradicionales. De acuerdo con esto sus objetivos político-económicos eran conservadores: estabilización de la sociedad agraria mediante la explotación de tierras vírgenes (Sinkiang, Mongolia interior), intensificación de la agricultura mediante un mejor control del agua, aplicación de impuestos al comercio según el sistema *p'iao-yen*, que ya había sido propuesto en 1832 por T'ao Chu (según este sistema los comerciantes tenían que pagar íntegramente y por adelantado certificados expedidos por las autoridades (*p'iao*) por una cantidad determinada de sal (*yen*), y medidas como el impuesto *likin* (*ad valorem*). Asimismo, tampoco la apertura de nuevas minas despertó resistencia alguna, por cuanto la actividad minera contaba con una antigua tradición; todo lo relacionado con los medios de comunicación sufrió, sin embargo, un proceso muy distinto, suscitando violenta oposición, en especial los proyectos de construcción de ferrocarriles (de todos modos, se fundó en 1872 la Compañía de Navegación para el Comercio con China, después de entrar en funcionamiento una línea menor en Shanghai en 1862).

Estas aspiraciones alcanzaron su expresión más nítida en el movimiento de «autoafirmación» (*tzu-ch'iang*), impulsado principalmente por los «occidentalizantes». Esta corriente preveía en primer término el afianzamiento militar de China mediante la adopción y aplicación de la técnica y métodos extranjeros. Tseng Kuo-fan hizo construir un arsenal en An-ch'ing en 1862; el mismo año inauguró Li Hung-chang una fábrica de cañones en Shanghai y otra en Su-chou en 1864. Pero sobre todo se planeaba la adquisición de buques de guerra y armas de fuego con la intención de imitarlos; así se fundó en 1866 el astillero de Ma-wei (Fu-chou), contratándose a ingenieros franceses para que se ocuparan de la dirección técnica. Se pusieron en marcha toda una serie de empresas más, pero muy pocas funcionaron con éxito. Además, el gobierno Ch'ing hizo que oficiales y dotaciones se familiarizaran con los reglamentos militares de los ejércitos inglés y francés; Li Hung-chang, entre otras cosas, envió también una comisión a Alemania con el propósito de que estudiase los

estamentos militares. Pero todas estas medidas se habían adoptado con demasiada precipitación; para que tuviesen efecto faltaba en realidad toda preparación: no había para las empresas industriales ni una masa de obreros calificados ni personal directivo adecuado para su administración, dejando al margen la circunstancia de que precisamente las industrias de armamentos requieren un potencial adecuado de empresas proveedoras. Y en cuanto a los militares, se trata por cierto de una de las instituciones que muchas veces se encuentran profundamente enraizadas en las tradiciones de una sociedad y que por regla general sólo puede reformarse lenta y gradualmente, en unas circunstancias que sólo se dan cuando la sociedad misma entra en una fase de transformación interna. Pero en este caso, en el que el régimen ni podía ni quería librarse de las cadenas del conservadurismo, todos los propósitos existentes en este sentido, por muy bienintencionados que fueran, estaban destinados al fracaso. Y finalmente hubo otro factor decisivo en este fracaso: la pausa que había disfrutado China en su enfrentamiento con Occidente se interrumpió bruscamente, ya en 1870 con el incidente de Tientsin (ver capítulo IV), haciéndose imposible así el proceso de restablecimiento interno, incluso sobre bases tradicionales.

IV. Las potencias occidentales y China

China no se convirtió nunca en una colonia, y esto, dejando al margen la enorme magnitud del imperio, se debió sobre todo a la rivalidad reinante entre las potencias occidentales. Por otro lado, se ve con claridad cuán indefenso se encontraba el gobierno Ch'ing frente a las agresiones extranjeras, cada vez más fuertes, si se considera la pequeñez del esfuerzo militar con que las potencias occidentales conquistaron una posición tras otra en China. Con todo, la situación política interna del imperio Ch'ing equivalía a un autoencadenamiento. El grueso de las fuerzas de combate estaban ocupadas en los levantamientos populares, y las clases dirigentes se atenían tenazmente a su concepción aislacionista tradicional. Las luchas internas significaban una restricción adicional de la libertad de movimientos de que disponía China.

El curso y el resultado de la primera guerra del opio pueden considerarse como una especie de modelo de las relaciones políticas de China con las naciones industriales, tal y como se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX. Puede concederse que por parte de los occidentales no se trataba

simplemente de agresiones abiertas y encubiertas. Los numerosos incidentes que se producían una y otra vez se debían a una profunda y recíproca incomprensión. La fuerza impulsora principal de las acciones emprendidas por las potencias occidentales era, sin duda, de naturaleza económica, y se veía reforzada —especialmente en el caso de Rusia— por intereses políticos. Ya en 1844 China tuvo que celebrar tratados con Estados Unidos, con Francia y con Bélgica. Anteriormente, traficantes ingleses, aprovechando el levantamiento de los T'ai-p'ing, y colaborando con piratas chinos, iniciaron una extensa actividad de contrabando de opio en las costas de Kuangtung y Fukien, lo que provocó también pequeñas revueltas en el área de Cantón. La llamada segunda guerra del opio se desencadenó en 1856, cuando la policía china abordó la lancha "Arrow", circunstancia en la que al parecer se arrió la bandera británica. Sin embargo, según las fuentes chinas, la nave no tenía ningún derecho ya a enarbolar el pabellón británico. La situación se vio agravada por el intento del gobernador de Hongkong de obtener acceso a Cantón. En 1857, un contingente anglo-francés de 5.000 hombres tomó Cantón. Simultáneamente, ingleses y franceses operaban desde Shanghai en la cuenca del Yangtse contra los T'ai-p'ing. Al año siguiente destruyeron el fuerte Taku, en la desembocadura del Pei-ho. El gobierno Ch'ing, que evidentemente se encontraba en una posición precaria, se mostró dispuesto a celebrar la paz, lo que se hizo con el tratado de Tientsin (junio de 1858). Según sus términos, China tuvo que permitir que se acreditasen enviados en Pekín, abrir al comercio 10 puertos más (entre ellos, algunos situados en Formosa), permitir que las misiones protestantes y católicas desarrollasen sus actividades sin obstáculos, otorgar a los comerciantes occidentales la libertad de establecimiento, firmar de nuevo la cláusula de la nación más favorecida y pagar indemnizaciones de guerra (cuatro millones de onzas de plata e Inglaterra y dos millones a Francia). Tan sólo unos días después los Estados Unidos y Rusia obtuvieron concesiones similares. Pero con ello no quedaban concluidas las disputas diplomáticas; asimismo, se encendieron nuevas luchas en las que los chinos obtuvieron éxitos. Es por ello que los aliados volvieron a la carga enérgicamente, enviando a Pekín, en 1860, un cuerpo expedicionario que se hizo célebre, muy deshonrosamente, por la destrucción del palacio imperial de verano. La paz de Pekín hizo también de Tientsin un puerto libre; además, China tuvo que ceder a Inglaterra la península de Kowloon, situada frente a Hongkong. Esta vez las contribuciones se elevaron a 16 mi-

llones de onzas de plata (la mitad para Inglaterra y la otra mitad para Francia). Desde este momento el tráfico de opio quedó definitivamente legalizado y se revisaron las tasas aduaneras. En adelante no hubo que pagar ya ninguna tasa interior sobre los productos textiles extranjeros, y las naves extranjeras recibieron autorización para transitar por las aguas interiores chinas.

De este modo quedaba desvirtuado —aunque por la amenaza de los cañones— el aislacionismo chino. Pronto incluso se otorgará a un extranjero, sir Robert Hart (1835-1911), el cargo de Inspector General de Aduanas, lo cual, dada la situación del momento, no fue la peor de las medidas, puesto que las tasas aduaneras sobre el tráfico de ultramar se convirtieron, en adelante, en una importante fuente de ingresos.

Posteriormente, bajo el emperador T'ung-chih, las relaciones recíprocas se desarrollaron en principio favorablemente. También los chinos comenzaron a salir a otros países en calidad de estudiantes. En 1867 se fundó en Pekín un instituto de traducción (*t'ung-wen kuan*), y asimismo las escuelas formadas por misioneros, aunque a menudo topaban con una gran desconfianza, rindieron buenos frutos. Sin embargo, las potencias occidentales rechazan en 1866 un proyecto del gobierno chino para celebrar una convención sobre la protección a los emigrantes chinos (muchos culís de Cantón habían ido a California, siguiendo a reclutadores norteamericanos). En 1870 la situación empeoró de nuevo bruscamente al ser asesinados en Tientsin unos misioneros franceses y el cónsul francés Fontanier. En este caso es prácticamente imposible dilucidar el problema de las responsabilidades; en cualquier caso fueron ajusticiados varios chinos, y fue necesario enviar una «embajada de reconciliación». Se produjeron nuevas complicaciones al intentar los ingleses, en 1874-75, abrir una vía comercial hasta Birmania a través de Yünnan (1876: tratado de Chih-fu, en la costa de Shantung). El centro de las disputas lo ocupaban entonces Francia y Rusia, que ya en 1860 había aprovechado la oportunidad para fundar Vladivostok. Una vez que Tso Tsung-t'ang hubo normalizado la situación en Sinkiang y Turquestán, se iniciaron negociaciones con los rusos referentes al territorio de Ili, ocupado por ellos en 1871 durante el levantamiento de Yakub Bey. No se llegó a ningún acuerdo, razón por la cual estuvo incluso a punto de estallar una guerra en 1880. Pero finalmente, en 1882, se llegó a un compromiso con el tratado de San Petersburgo: el territorio de Ili fue restituido a China a cambio de una indemnización de nueve millones de onzas de plata. Los franceses se habían

establecido en Annam en 1870, y en 1874 habían firmado en Saigón un tratado que consagraba su protectorado. China se vio complicada en la guerra de guerrillas que libraban contra los anamitas, de modo que Francia desplazó las operaciones a territorio chino y, entre otras cosas, destruyó los astilleros de Ma-wei (Fu-chou). Los éxitos alcanzados por los chinos al año siguiente no bastaron para impedir que al celebrarse la paz Annam quedase convertida en protectorado francés. La política occidental de anexión en esta área condujo a la conquista de Birmania por Inglaterra en 1886.

Otras cesiones de territorios obtenidas por imposición fueron: la de Macao a Portugal, en 1887; ocupación de Tsingtao por Alemania en 1897; arriendo por noventa y nueve años de Kiautschau (Chiao-chou) por Alemania, en 1898; Port Arthur (Lü-shun-k'ou) y Dalni (Ta-lien) a Rusia, en 1898 (arriendo, obteniendo además Rusia los derechos para la construcción de ferrovías en Manchuria para poder establecer comunicaciones con Port Arthur y Dalni); Wei-hai-wei (en Shantung) a Inglaterra en 1898, y en el mismo año, Kuang-chou-wan (provincia de Kuangtung) a Francia (arriendo).

Bien puede caracterizarse como semicolonial la condición que adquirió China a lo largo de este proceso. Los territorios costeros, principalmente, se habían convertido en una serie de zonas de influencia que en parte constituían verdaderos enclaves. Sin embargo, no se establecieron verdaderos contactos, pues los extranjeros vivían prácticamente aislados de la sociedad china. Independientemente de la actitud que asumiesen subjetivamente, para los chinos eran intrusos cuya expulsión forzosamente se les presentaba como un deber nacional. *El fracaso de las tentativas de modernización* del país. Los elementos económicos, sociales, ideológicos y de política internacional, que integran el proceso por el cual se descompuso, en la segunda mitad del siglo XIX, la estructura social y estatal de China a un ritmo cada vez más rápido, se condicionan mutuamente y están tan íntimamente entrelazados que cuando su exposición histórica se hace con el propósito de analizar el fenómeno en conjunto, se corre constantemente el riesgo de no poner suficientemente de manifiesto la interdependencia que los liga. Esta complejidad se expresa quizá con la máxima claridad en la orientación económica de los círculos dirigentes de aquel tiempo,

cuyos postulados principales incluían el mantenimiento de la función dirigista del gobierno y de la burocracia y el desarrollo de la base económica tradicional, la economía agraria. Existía conciencia también de la necesidad de recuperar de manos de los extranjeros el mercado interno y de modernizar la técnica en general. Pero los ingresos del Estado muestran hasta qué punto la economía china, cuestión reñida con estos objetivos, estaba sometida a determinaciones externas, a leyes que el gobierno chino no podía llegar a controlar. En 1894, los ingresos provenían en un 44 por 100, aproximadamente, de los diversos impuestos al comercio (la participación del impuesto *likin* se elevaba entonces a unos 14,2 millones de dólares de plata, la de las tasas aduaneras sobre el comercio ultramarino, a alrededor de 22,5 millones). Los comerciantes occidentales penetraban cada vez con más fuerza en el mercado interno, especialmente en el territorio del Yangtse, donde Nanking se había convertido en puerto libre y los vapores europeos reemplazaban a los juncos. Hasta 1893 el opio siguió siendo el principal producto de importación (representaba entonces el 30 por 100 aproximadamente), seguido por las telas de algodón. Las exportaciones chinas experimentaron gravísimas mermas debido a la concurrencia extranjera: a partir de finales de la década de 1880, las telas de seda japonesas estaban cada vez más presentes en el mercado internacional, el monopolio chino del té fue asimismo quebrado por Japón y la India, lo que determinó la caída del precio de este producto en el mercado mundial. Finalmente, al imponerse también en China el patrón oro, cayó la cotización del dólar de plata.

La importancia creciente que adquirió así el comercio abrió muchas brechas en el sistema tradicional de valores económicos, pero no pudo zanjar la divergencia, aún fuerte, existente entre los comerciantes y la burocracia; la nueva clase de los compradores (agentes financieros y comerciantes chinos que actuaban como intermediarios entre las empresas extranjeras y el mercado chino), formada a partir de la abolición de la posición monopolizadora de los *Co-hong*, más bien ensancho el abismo. El levantamiento de los *T'ai-p'ing* había conferido al mandarínato una posición clave —*Li Hung-chang* y *Chang Chih-tung* (1837-1909) controlaban prácticamente toda China septentrional y central—, y los representantes de ese sector se esforzaban por afianzar económicamente tal posición. El compromiso que realizó este grupo con las nuevas fuerzas económicas estuvo marcado esencialmente por la deferencia hacia los intereses agrarios, que seguían siendo fundamentales,

y estaba orientado a extender a la industria el fuerte dirigismo practicado por la burocracia. La fórmula que expresaba esta política económica rezaba «Supervisión por la burocracia y gestión por los comerciantes» (*kuan-tu shang-pan*)¹⁵; el modelo lo proporcionó el monopolio de la sal, en su nueva versión reformada. Naturalmente, con ello no se puso en marcha una «Revolución industrial». No sólo los funcionarios carecían de toda formación en economía moderna, sino que estaban totalmente ajenos al pensamiento en términos de tales categorías; en adelante, tuvo repercusiones negativas una limitación (tradicional) de la economía china: escasa capacidad para acumular capital en grandes proporciones. La multiplicación de las empresas (servicio telegráfico en Shanghai en 1870, administración imperial de telégrafos en 1881, minas de *K'ai-p'ing*, en Chihli, en 1877, fundición *Han-yang* en 1896; establecimiento de imprentas, talleres de devanado de seda, tejedurías de lino, hilanderías de algodón, talleres de maquinaria, etc.) agotó rápidamente las modestas fuentes de capital con que contaban los comerciantes en los puertos habilitados, pero también las de los latifundistas. La protección dispensada por los funcionarios provinciales, que a menudo participaban personalmente en las empresas, no pudo suplir este déficit, y el propio gobierno *Ch'ing* avanzó cada vez más velozmente hacia la bancarrota.

La primera fase de la industrialización (aproximadamente 1862-1877), que había involucrado casi exclusivamente proyectos armamentistas en el espíritu de la «autoafirmación», se había caracterizado por numerosas fallas, en general inevitables. En la evolución posterior, la ampliación de la base de capital se convirtió en el principal problema, circunstancia que por fuerza hubo de hacer que, hacia final de siglo, las empresas extranjeras comenzasen a efectuar más y más construcciones e inversiones, sobre todo en sus propios puertos habilitados. En muchos casos, también las empresas chinas pasaron a manos foráneas, por ejemplo, las minas de *K'ai-p'ing*, ahora propiedad de ingleses.

La política seguida en lo referente a la flota muestra claramente hasta qué punto los estadistas principales se engañaban respecto a las circunstancias reales. *Li Hung-chang* creía que le sería posible compensar la mayor potencia de que gozaban las potencias occidentales comprando buques (antiguados en parte). La flota del Norte comprendía en 1890 25 naves de la construcción más dispar concebible. Además, la rivalidad que animaba a *Li* contra el gobierno *Ch'ing* —que intentó recuperar su influencia sobre la flota de guerra, que

se le escurría de entre las manos, creando en 1885 la «Administración de la Marina de Guerra» (*hai-chün ya-men*)— puso de manifiesto hasta qué punto había aumentado la desintegración en el seno de la administración imperial. No obstante no es posible negar que los iniciadores de todas estas tentativas estuviesen animados, subjetivamente, de buena voluntad. Pero, pese a ello, sólo alentaron meras ilusiones; como se puede comprobar con sólo un breve vistazo a las reformas educacionales, absolutamente insuficientes, destinadas apenas a reducir las aberraciones del antiguo sistema. La «nueva» política era, predominantemente, un juego de fuerzas conservadoras incapaces de comprender en lo más mínimo la base socio-económica de las potencias occidentales, de modo que no podía orientar en absoluto ninguna transformación decisiva. Así, se reorganizó el sistema de exámenes, que fue criticado incluso como institución a partir de 1867, y se restringió la venta de cargos y títulos. Se comenzó a enseñar también astronomía, matemáticas, física y otras ciencias naturales en el *Tung-wen-kuan*, en Pekín. Pero nada se alteró en los puntales de la sociedad tradicional; la posición que ocupaba la burocracia confuciana no fue alterada; la insuficiencia de su formación profesional debía remediarse mediante «asistentes personales» que, sin embargo, tampoco contaban con suficientes conocimientos especializados, y tampoco se alteró nada la estructura militar.

Esta simple fachada de modernidad se desplomó íntegramente cuando la confrontación con Japón, que ya había logrado un acuerdo comercial en 1871 y anexionado las islas Ryukyū en 1879, terminó por dirimirse por las armas. El pretexto para que se desencadenase la guerra fue Corea, donde desde 1876, China y Japón se disputaban la supremacía. La propia Corea se vio gravemente quebrantada por enfrentamientos políticos internos en los que desempeñó un importante papel el movimiento popular religioso-sincretístico de la Tonghach («doctrina oriental»). Rusia, Estados Unidos e Inglaterra comenzaron a intervenir en Corea. Mientras China sostenía militarmente al rey Kojong (gobernó de 1864 a 1907) de la dinastía coreana Yi, Japón ayudaba, enviando tropas al regente Taewongun. Por lo demás, el gobierno Ch'ing estaba representado en Corea no sólo por Yüan Shih-k'ai (1857-1916), sino también por el cónsul general alemán de Tientsin P. G. von Mcellendorf (1874-1901)¹⁴. Se llegó a la guerra cuando los japoneses hundieron un buque inglés, fletado por los chinos, que transportaba refuerzos (julio de 1894). Li Hung-chang, que prácticamente hizo la guerra sólo y funde-

mentalmente con los recursos económicos de la provincia de Chihli, depositaba sus esperanzas en la intervención de Rusia, pero todo fue en vano. Las fuerzas chinas fueron vencidas en una batalla naval librada ante la desembocadura del Yalu, así como en todos los principales enfrentamientos terrestres. Los japoneses ocuparon Port Arthur, Dalni (Dairen) y Wei-hai-wei, capitulando, sin luchar, la flota china del Norte que allí se encontraba. Por la paz de Shimonoseki (abril de 1895), China tuvo que reconocer la independencia de Corea, ceder a Japón la península de Liaotung, así como Formosa y las islas Pescadores, y abrir cuatro nuevos puertos libres en los cuales, después del tratado adicional de 1896, tuvo que autorizar el Japón a erigir industrias propias. La indemnización de guerra alcanzó los 200 millones de dólares de plata. Li Hung-chang sólo logró provocar una protesta conjunta de Francia, Alemania y Rusia que impulsó la restitución de Liaotung (arrendada luego a Rusia por veinticinco años, en 1898). Estas tres potencias asistieron también pasivamente a la ocupación de Formosa por los japoneses, lo cual ocurrió no sin resistencia de la población local.

La catastrófica derrota era especialmente humillante para China por haberse infligido una potencia asiática. En materia de política interna, además, fue de efecto funesto el que ciertos círculos conservadores, que habían asistido expectantes a los tímidos intentos de occidentalización y que hasta habían mantenido con respecto a éstos una actitud complaciente, no atribuyeron la derrota a la aplicación insuficiente de ellos —ante todo en el ejército—, sino a tales tentativas en sí mismas; y así, en lugar de reconocer el error, se atribuyó a los occidentales la culpa de haberse producido la derrota. Este tipo de actitud, que se mantuvo en vigor durante mucho tiempo, contribuyó a que China se quedara atrás en el desarrollo económico y político. En consecuencia, el país quedó en una situación de profunda debilidad que le permitió ser invadido y ocupado por los japoneses en 1945. La derrota de 1895 fue un punto de inflexión en la historia de China, que marcó el comienzo de su decadencia definitiva.